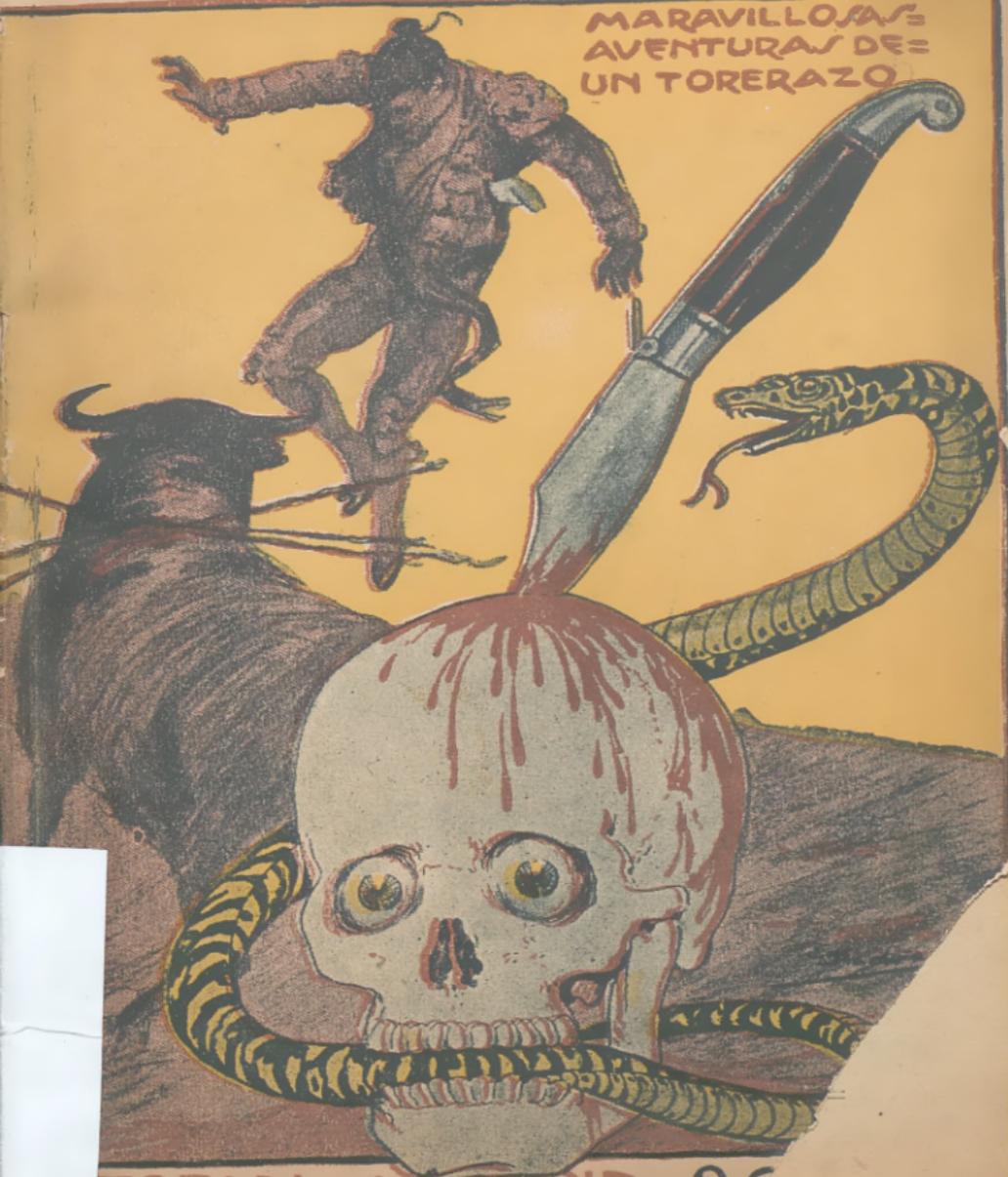


EUGENIO-NOEL
ELAS-DE-OROS

MARAVILLOSAS
AVENTURAS DE
UN TORERAZO



TORIAL-MADRID. 20

BELLAMAR & C.^{ia}

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS EN ESPAÑA

de la S.^{te} An.^{me} des Anc.^{ns} Etab.^{ts}

PANHARD & LEVASSOR

& de la S.^{te} An.^{me}

L. BLÉRIOT

Aceite especial (P. L.)

para los motores sin válvula.

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: BELLAMARE.-MADRID

SALÓN DE EXPOSICIÓN:

Paseo de Recoletos, 16.-Teléfono 1597

TALLERES, GARAGE Y ALMÁGENES;

O'Donnell, 17.-Teléfono 1.857

==== MADRID ====

El As de Oros

Eugenio Noel.

La Amuebladora

DE

José Gallego

Mayor, 85.-MADRID

Especialidad en muebles de gran lujo
y de todos estilos.

ENVÍOS A PROVINCIAS

La máquina de escribir mejor del mundo es la

Smith Premier núm. 10.

Escritura á la vista, tabulador decimal y selector de columnas; carro especial para facturas.

PARA MÁS DETALLES DIRIGIRSE A

Otto Streitberger

Apartado 335. - BARCELONA

GRAN CAMISERÍA

de

HIJOS de A. MAGDALENA

Carrera de San Jerónimo, 8.

Beba Vd.

cerveza

La Cruz del Campo

POPULAR - VOLUMEN I.

El As de Oros

Maravillosas aventuras de un torerazo

Novela original é inédita de

EUGENIO NOEL



Tirada 50.000 ejemplares.

Talleres tipográficos de la casa editora: donde
se dirigirán toda clase de pedidos.

Carrera de San Jerónimo, 8

MADRID



PARA COMBATIR LA TOS

USE USTED EL

Jarabe BALIAPAUTINA

Tiocol--Terpina--Bromoformo--
Bromuro potásico y Jarabes
Balsámicos.

CURA RADICAL DE LA

TOS FERINA

CON TRES FRASCOS

Farmacia de "LA PALMA"

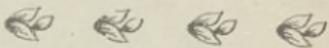
PALMA, 68.-MADRID





Advertencia

Como las aventuras y los hechos de lidiadores de reses bravas se leen tanto, hemos compuesto y colocado en orden las improbables y à todas luces maravillosas hazañas del **AS DE OROS**, por otro nombre el "Apéndice"; pero como, así mismo, sabemos que los toreros son el mismo diablo, tal vez lo que ni aun nosotros creemos halla sido cierto. Y, á fuer de historiadores, que nos agradaría. En cuanto al estilo hemos procurado esté á

la altura de las circunstancias ya que Aristóteles dijo hace veintidós siglos que el asunto nos debía á los escritores dar el estilo. 

I

El dia 5 de Enero del año 1831, el to-
rero Arjona remataba así un escrito oficial,
dando parte al Real Intendente de la inaugu-
ración de la Escuela de Tauromaquia:—Por
ahora me ha parecido conveniente nombrar
sólo siete alumnos pensionados habiendo sido
preferidos, como ofrecí á V. E. los tres que
de orden de S. M. se sirvió recomendarme
en Real Orden de 14 de Noviembre último;
y más adelante, cuando se observen los ade-
lantos de éstos, y los que manifiesten mejor
disposición entre los aspirantes, como he en-
cargado al Maestro Don Pedro Romero que
elija los tres más al propósito, se completará
el número de diez que previene el art. 2.º
de la Real Orden de 28 de Mayo.—

Diez eran los angelitos que, sin Reales Ordenes pero sí por su Real gana, se hallaban reunidos en el Cortijo del tío *Cal y canto*, una de esas tardes del mes de Abril que á tan fáciles descripciones se prestan, y en el año de gracia ó económico del 19...

Serían las seis menos cuarto de esta tarde primaveral ó pascual.

Los diez de nuestro cuento eran el cogollo de la Aristocracia de una Ciudad de la que no quiero acordarme por la misma razón que obligó á Cervantes á escribir esa celeberrima frasecita.

¿Por qué se hayaba reunida allí la crema de una población? ¿A qué se debía la conjunción fortuita ú obligada de la *élite* de un Pueblo? ¿Qué era ó en qué consistía el grave asunto de la efervescencia que en sus diez respectivos rostros podía notar el expectador menos expectante?...

Procuraremos responder á nuestros lectores ávidos como es natural de enterarse del sitio donde vamos á ir á parar.

La inquietud por saber una cosa es semejante al desasosiego, desazón ó cosquilleo que produce el no saberla. ¡Cuántos se han pegado un tiro por no tener paciencia! ¡Cuántos y

cúan innumerables se han lanzado á los bajos fondos de la Sociedad por no esperar á que en el reloj de la Providencia dieran las doce. Esperar y confiar; he aquí cómo terminó Dumas su «*Conde de Monte Cristo.*» Pero, hermanos, queremos historiaros tales y tan grandes cosas que, como decía San Agustín, (*cita autentica como todas las mias: ved "Confesiones" Cap. 22 del tomo II*) por lo mismo que son claras y comunes son tan difíciles de entender y están de tal suerte ocultas que será gran novedad llegar á conocerlas.

Los diez del *ala* estaban reunidos allí por que no lo estaban en otro lado; porque, aunque parezca mentira, no podían estarlo.

Procuremos ser más explícitos.

Existe la carretera, el camino de herradura, el camino vecinal español y el atajo. ¿Verdad que no es siempre este último el medio más á propósito para llegar antes? Luego si en la presente narracion rodeamos es que el autor tiene para ello argumentos más razonables que la razón misma.

Prosigamos.

¿Qué es una *juerga*?

Una bacanal.

No estamos conformes.

Una fiestecita que se las trae y en la que hay magreo, parcheo, jaripeo, empujen, arri-men y tripoteo, según los clásicos.

Sentimos no entender ese lenguaje villano. Entonces será lo que sea.

Ahí le duele, hermanos.

Una *juerga* es una cosa que será lo que sea, que nadie puede precisar puesto que es caminar á lo desconocido en alas de lo incognoscible, lo inexpresable, y lo inextricable y á veces lo indecible, porque no hay quien lo diga.

Llega el Enero de vuestra vida, pasais una ó dos noches en el tejado de vuestras ilusiones á gatas: ¿es esto una *juerga*?

Podemos afirmar bajo fianza que no.

Para ser *juerguista* hay que camelar, salirse de madre, saltar los obstáculos à la garrocha, reirse del verbo, hacer una ensalada con la dignidad, el lenguaje y la vergüenza sin que se le lleven á uno la ropa mientras nada. Se dice «correr *juergas*;» ya veis, pues, que se trata de convertir al alma en yegua ó al espíritu en potro.

Un *juerguista* es un hombre que no siente necesidad alguna y violenta la existencia suya

y la de los demás por el gusto soberbio de no sentirla.

Para ello hay que buscar lugares especiales.

El de tío *Cal y canto* era uno de ellos. Podiais hacer allí lo que os diera la gana; creeros en Capri con Tiberio ó en Eleuxis con Mesalina.

Se os serviría lo que pidierais sin guiñar un ojo ni mirar por la cerradura, ni aún entornar la puerta porque esto es inútil en las cochiqueras.

Los diez angelitos estaban allí en la gloria, bebiendo el fruto de la vida que los pícaros hombres han sabido convertir en tantas y tan variadas clases como etiquetas ponen á las botellas.

La tarde, repetimos, era una tarde femenina, una tarde española. Tenían las nubecillas los colores de los carrillos de nuestras mujeres y el cielo copiaba las posaderas de un traje de luces. ¿Hay algo más parecido á la grupa resplandeciente de una taleguilla que el cielo de nuestra sandunguera Patria?... Parece mentira que los poetas no se hayan dado cuenta. Heine comparó, como todos sabemos, é hizo reir mucho á los franceses con ello, la bandera de Alemania con el culo,—que sin

perdón, así se llama,— de los monos. ¡Gentil irreverencia!...

Un aura sutil traía efluvios de enfermería de Plaza de toros.

De vez en vez ráfagas interestelares movían las copas de los árboles como si la Naturaleza pronunciara un vasto y murmurante: — ¡Olé tu madre! — ó bien: — ¡Mucha mano izquierda, nene!...

Uno de los angelitos influenciado por la belleza flamenca de la tarde exclamó sentenciosamente, exhalando un regüeldo.

— ¡Qué tardes más perdidas!...

Aquella frase era un poema de raza, cel-tíbero.

Otro de los presentes, tomando un vaso lleno de cierto licor de color de sangre de toro bravo de lidia, se levantó en medio de aquel ambiente preñado de vicios sordos y nostalgias heróicas, y alzándolo con aire bravucón, como si esgrimiera una de las picas que pusimos los españoles en Flandes, dijo así ó quiso decirlo:

— ¡Oh héroe!... Tú eres tú y nadie más que tú. Antes de tí nadie existía y detrás de tí sólo tú te alzarás interrogándote á tí mismo.

¿Quién eres tú?... ¡Tú!... ¿Con quien compararte si no contigo mismo? Cuando las venideras generaciones pronuncien: ¡el *Apéndice!* oírás por los ámbitos un estremecedor «¡Él!» Serás «¡Él!», Gervasio.

—¡Ele!... gritaron los camaradas.

¡Ele!... plañó la Naturaleza georgicamente, como un eco lejano.

Gervasio el *Apéndice* no se dió por aludido. Su mirada errabunda vagaba en el espacio. ¡Oh si el Empíreo fuera una inmensa Plaza de toros y el Padre Eterno mismo presidiera!...

Pero estaba allí la «Niña de las Púas» famosa *cantaóra*, con perdon sea dicho de la letra «d» que está aquí demás ó se ha escapao. Y la tal «Niña» se acercó al nene, lo miró con las brasas de sus ojos y lo dijo, gattunamente, mortalmente, fatidicamente:

—¿Qué quieres que te cante?

No de otro modo la Ninfa Eco, acercándosele á Jupiter, le interrogaba sobre sus deseos inmortales de inmortales audiciones.

Serenèmosnos, hermanos.

Esta «Niña de las Púas» no era alguna Ninfa Eco si no la gachí mas desglichá del Orbe Terráqueo. Fea como ella sola, aun-

que con la rara condicion de ser única, mas que mujer parecía un falucho atravesando un golfo en la galerna. Allà se iba en edad con la de la Tierra, que ya es tener años, y tenía por oficio cantar flamenco. Su fama iba de un Polo á otro Polo como hubiera dicho á conocerla el poeta Quintana, nuestro Plutarco. Fresca, no de carnes sino de conducta, y muy metida en el ajo del cante hondo ella era pieza obligada de todas las juergas de señorío.

—¿Qué quieres que te cante?, repitió.

Y el «Apéndice» dejándose querer, cantestó.

—Sal por Marianas, niña.

Permítanos el paciente lector una digresion. Las digresiones son necesarias cuando existen. ¿Qué sería del narrador y aún de la narracion sin ellas? Consultad un libro moderno; ¿no os dice la Ciencia que la Naturaleza misma dá sus famosos «saltos atrás», lo que por otra parte no hay que confundir con el célebre «paso atrás», de Mazzantini...? Luego... ¡ele!, «¡hay que quererlo!»

Queríamos, pues, presentar á nuestros lectores á los dos compañeros de la *Niña de*

las Púas, el Mochales Perdío y Nene Bitongo.

Seamos rápidos. Los buenos pintores en cada pincelada hacen una obra de arte; proceder por afirmaciones, he aquí el triunfo.

Nene Bitongo era un adolescente. Su faz era indescriptible. ¿Recordais un contemporáneo del trovera Ausías March? ¿No teneis en la memoria alguno de los ángeles tocadores de laúd de los cuadros del Perugino ó de Angélico de Fiéssole? Afeitad á un hombre con relativo cuidado; procurad que sus ojos tengan lustre; peinadle á lo diablo; poned en sus labios una sonrisa estilo 1909; colocadle una nariz á lo «Semana Trágica» y tendréis á *Nene Bitongo*, el tocaor de guitarra.

Y á propósito.

En la enumeración de los hechos de todas las noches de autos, los objetos son á veces más interesantes que los sujetos.

¡Una guitarra!... ¿Hay algo más sugeridor que este nombre? ¡Cuántas mujeres al oírlo recordarán su honra, su honor, su alma enredada en las traidoras cuerdecitas? ¡Cuántos corazones lúgubrementemente exprimidos en el negro agujero que abrió bajo el puente el primero á quien se le ocurrió la trágica ocurren-

cia de que sin ese agujero las cuerdas vibrarían pero no sonarían!...

¡Oh manes y manos de Espinel, hijo de Ronda (cuna del toreo rondeño) y maestro de capilla del Obispo de Plasencia, que añadisteis la quinta cuerda! ¡Oh Padre Basilio que añadisteis otras dos! ¡Oh, Aguado, ols Sors! ¡Oh maestro Naya, que añadisteis la octava cuerda! ¡Oh, Carnicer, Arcas, Viñas, Pargas, Tárrega! ¡Oh Paco de Lucena!...

La guitarra es un instrumento de música.

Ahora bien notad que es un instrumento de música, español.

Entonces comprendereis que no puede ser como los demás.

Y no lo es.

Tocad en un piano de la cola más larga que encontréis la Sonata á Kreuzzer; del amigo Beethoven que por ser sordo fué sin duda alguna el músico más grande; y no hareis pupa.

Pero coged una guitarra, es decir, ponérsela en la mano á *Nene Bitongo* y ¡ay de mí y de vosotros!... ¡Qué rasgueado, qué punteado, qué evocación arábica! Sin daros cuenta saltáis del asiento con lagrimitas en los ojos y os mareais y dais cuerda al cuerpecito se-

rrano! Aquellos dedos no eran vulgares yemas, ni carpos ó metacarpos triviales, eran diez navajas de Albacete que se os metían hasta lo mas recóndito de vuestras entrañas y os dejaban sin vida, palpitantes trémulos como trémolos, en carne viva sobre la que una mano de corazón de bronce ó peña vertiera asfalto en ignición.

El *Mochales* *perdió* era bailáor. Un angel, eso no hay que decirlo. Las mujeres lo habían reducido al mínimun ó por describir científicamente su estado, á un común denominador. En los puros huesos como cañí fino de pasta. Todos los micrococos y diplococos del universo infinitamente pequeño habían contribuido á su espiritualización y cuantas enfermedades contagiosas existen desde la infantil viruela loca á la enfermedad del sueño que inocula una mosca. El *Mochales* *perdió* lo bailaba *tóo*. ¡Y cómo, sin reservarse, dándose á los demás en redencion de sus misarias!

Cantò La *Niña de las Pùas*. ¿El qué? flamenco.

Cantar flamenco, bailar flamenco, tocar flamenco; he aquí la fórmula suprema de nuestra alegría.

Cantar flamenco, es decir, por ejemplo:

*Y... que llamen á Don Crispin
El del Botiquin
médico y doctor de la cirugía
y hasta la cama temblaba
del canguelo que tenía.*

Pero hay que decirlo. Hay que tener estilo, voz, maneras, una garganta especial, una campanilla, glotis, epiglotis, bronquios, paladar, pulmones, laringe, asadura y dientes, sui géneris. Si no, sois perdidos. Echad una arroba de sal en la laringe de Gayarre y tendreis el ideal. Sin sal se acabó. Hay que torcer el pescuezo; segregara la saliva que sobra por el hueco abierto en un colmillo por penas muy hondas; empapar en árnica los ojos y suspirar cantando; hay en fin, que cantar como se torea, floreado, alargando las suertes para que emocionen y procurar no dar nunca en hueso sin haberse buscado la saliva con la izquierda. ¿Estamos?

Salió la Niña de las Púas por Marianas.

*Sube, Mariana, sube
y por aquella montañita arriba!...*

Haced con eso y con lo que falta, que es

por el estilo, un *biscuit glacé*, una sopa de ajo bien hecha, una obra maestra, en una palabra; y comprendereis que cantar flamenco no es tan fácil como obtener la disolucion de unas Cortes, pongo por caso.

El *Apéndice* entornó los ojos gitanos y sacando la lengua se relamió los labios como si el cantar de la socia del margen le hubiera dejado allí caramelo, miel, arrope ó guirlache.

—Sigue, insistió el torerazo en caló; sigue *cotoré de balichon* en *buñè*.

Los circunstantes, que eran diez, según hemos tenido el honor de repetir varias veces, se miraron.

—¿Qué quieres decir, maestro? le preguntó un audaz incauto que aunque *ò manque* rico era tonto de herencia.

El *docurdó* ó maestro tuvo la bondad inagotable de dignarse responder.

—Quise decir pedazo de jamon en *durse*. Los diez acordaron que para gracioso el *Apéndice*.

La *Niña de las Púas* se acercó y le dió un beso en los labios. Pero un beso, hermanos, un *chumendo*, no uno de esos besitos co-

tidianos é insulsos que nos caen á veces en las rifas de las Kermesses con premio carnal.

He aquí una descripción fugitiva de aquel beso.

Dejándose caer con violencia exquisita sobre la cara del *Apéndice* le oprimió los labios en tres tiempos; en el primero le mordió sutilmente con sus caninos, vertiendo ¡ay! en las encías del diestro el veneno de sus incisivos; en el segundo le hizo una succion cruel como si quisiera perdonarle, sorbiéndole el veneno vertido en un segundo de pantera á dieta; y en el tercero—¡ah en el tercero!—se restregó en aquella codiciada boca hasta que brotando la sangre á torrentes, el *Apéndice* dió un salto, la agarró por el pescuezo y de un boleo en molinete la tiró patas arriba en las losas.

Un ruido funerario como el de un cráneo que rebota en un pedrusco se oyó por los ámbitos.

Mas la *Niña de las Púas* que era castiza se levantó sin siquiera mirarse la taleguilla y se acercó de nuevo al maestro, con los ojos fulgurantes como rubíes de maldicion.

—¡*Miálas*—le dijo haciendo una cruz griega con dos dedos de diferentes manos--por

éstas que no te he de olvidar aunque me hagas papilla, vida de mis entrañas!

El torerazo sonrió enigmáticamente.

Entonces fué cuando lanzó el suspiro que ha recogido la Historia.

Prosigamos la *juerguecita*.

Nene Bitongo — oprimió la guitarra como si fuera la *caena é presirio* — hay que saber que la *Niña de las Púas* era su mujer — y llorando como una *Madalena* tocó como nunca había *tocáo*.

Como que el *hule* inspira.

Fué primero un simple rasgueo sobre los nervios que por octavas y por momentos se convirtió en un funeral. Un olor á cirio humeante se extendió por doquier. Luego, trazando con solo nueve dedos un arpegio en tonos mayores, cargó durmiendose en la suerte y fué clara á todo el mundo la vision del patíbulo. Ultimamente y con el dedo gordo que tenía libre oprimió ligeramente como en un timbre el bordon y oyóse rotundo, siniestro, cuadrupedante, el roce nauseabundo que produce la cuchilla de la guillotina al cercenar la cerviz de la víctima propiciatoria.

Los diez temblaron.

Cuatro ojos se miraron largamente; dos del *Apéndice* y dos del *Nene Bitongo*.

¿Que se dijeron?

La *Niña de las Púas* lo comprendió todo y metiéndola hasta los dátiles se arrancó por aquello de:

*¡M'as arráncao de un tiròn
la asaduri... biri... biri... bita...!...*

El *Mochales* perdió no pudo mas. Bebió, tosió, alzòse y hubo en la acción simple de levantarse de una silla tal iniciación sagrada, pasional, metífica, que una losa de sepulcro que se levantara sola á empuje de gases deletéreos no produciría mayor escalofrío. Ya en pié el *Mochales* perdió voluntariamente el equilibrio, única cosa que sin duda tenía ya que perder, y sosteniéndose con la mitad de una sola pierna, giró diez veces sobre la última de las vértebras, que por cierto concluye en mal sitio, y dejándose en brazos de la Providencia ésta le devolvió á su posición natural. Como bailaba con una sola pierna la guitarra suplía á la otra. Golpecito que Niño Bitongo daba en el instrumento sentíalo él en el corazon y se quejaba con la barriga víscera á la que él debía tener un odio mortal, de

tal modo la trataba. Los brazos bajaban y subían como enloquecidos de espanto y en el rostro de aquel enigmático ser irradiaba la macabra estolidez de las esfinges.

La *Niña de las Púas* le hacía palmas:

*¡Si le cojo en descampáo...
josú, lo que vá ocurrir...!*

Nene Bitongo no oía á nadie. Se oía así propio. Sus ojos estaban clavados en las puntas de los pies como si pisara en un precipicio, al borde del abismo.

El *Apéndice* le animó de pronto exclamando.

—¡Anda, niño, que *paéce* que *tiès* las narices en la suela é las botas!

Oír aquello y botar, saltar, taconear y pisotear la madre tierra todo fuè uno. *Nene Bitongo* se descompuso. Aquello no era un hombre sino el vástago de un torno eléctrico, el eje de un tornillo de vapor.

El torero palmoteó entusiasmado. Eso es lo que él quería... ¡movimiento!

Cuando aquel hombre se sentó, el cuerpo protestó como pudo, pero pudo muy poco.

Gervasio el *Apéndice* se levantó con solemnidad y en medio de un silencio que se

mascaba le dijo dándole golpecitos en el hombro.

— Eres un hombre, *Mochales!*

El interfecto respondió á este elogio sencillamente.

— ¡Aquí no hay mas hombre que tú, *Gervasio!*

Para que nuestros lectores sepan de una vez quien era este niño, vamos á contarle en tres líneas una parte de su vida, la última porque las otras ni Dios con haberlo ideado la sabía.

Estuvo en América. Volvió y trajo tanto dinero que uno le puso por mote el As de Oros. Pero él, impertérito, se lo jugó á una carta y lo perdió *tó*. Otro se hubiera pegado un tiro; pero él se pegó á los toros como si fueran mujeres y los toros le hicieron hombre. Su valor asustaba. Llevaba á cabo tales proezas que si para contarlas hace falta poseer el corazon de un cocodrilo ¿qué hará falta para realizarlas?... Así es que volvió á ser el As de Oros.

Como mi salada Patria ama el valor sobre todas las cosas, el valor físico, el personal, lo convirtió en ídolo y lo adorò.

Pero ¿qué hacía? preguntareis intrigados.

He aquí la ocasión para saberlo.

Aquellos diez juerguistas constituían una Comisión Mixta de Expectáculos.

Tratábase de una corrida de Beneficencia, ¿estais?, y ¿quién sino el As de Oros, el perñinclito *Apéndice* orgullo de una Raza? Pues, al avío. Pidió por despachar dos toros seis mil duros. Se los dieron adelantados de los fondos del Tesoro Público ó de los que había librados para pagar los sueldos atrasados de los Maestros de Escuela, y le obsequiaban con una juerga la víspera. De modo que pronto vais á saciar vuestra curiosidad pues lo que hacía este coloso del noble arte de lidiar cornudos, repetimos, era supremamente imposible de concebir no viéndolo y aun viéndolo no se creía y aun creyéndolo se volvía uno loco para entenderlo y aun entendiéndolo... amén.

Volvamos á nuestro relato.

La tarde agonizaba suavemente.

La *Niña de las Púas* lloriqueaba en un rincón.

Su marido, *Nene Bitongo*, la había dicho en un entreacto:

—En cuanto se vaya Gervasio te vas á ganar dos hostias.

De todas las bofetadas que una malaven-

turada mujer puede recibir las de un guitarrista son las mas definitivas á causa del ejercicio de los dedos.

Por eso la infeliz que se veía venir en las sombras traidoras de la noche las hostias consabidas lagrimeaba.

El *Apéndice* que la vió se acercó seguido de la Comisión Mixta de la Corrida de Beneficencia y la preguntó.

—¿Lloras, Eusapia?

La desgraciada se llamaba originalmente así.

—Lloro ¿y qué? respondió secándose la sentimental secreción.

—Es, dijo el héroe, que no puedo ver llorar á una mujer.

Enterneciose con esto Eusapia y jugándose las hostias le dijo:

—Si lloro es porque *Nene Bitongo* me vá á zurrar en cuanto te marches. Ya sabes que es celoso como un funcionario.

Subiósele al *Apéndice* la sangre negra de las malas tardes cuando un toro sabio torea él por su cuenta y sin riesgo alguno. Sintóse repentinamente justiciero y llamando á *Nene Bitongo* con voz imperativa *sí que* tambien preñada de augurios le espetó:

—Palmípedo, ¿sabes tú lo que es una mujer?

—A veces, respondió el artista.

—¿Chistecitos?... rugió el diestro.

Nene Bitongo rió como un conejo.

—Una mujer, sentenció el *matáor*, es un angel con más arrobas que un Miura y hay que mirarla con mas respeto que á un Miura y hay que comprimirse los apetitos subgetivos y los floreos como ante un Miura. He dicho.

—¿M' explicáo?, preguntó volviéndose al auditorio.

Un murmullo le hizo saber que habíale llegado á lo vivo, tocado en el punto débil y dado en el clavo.

Nene Bitongo se dió cuenta y frunció las cejas una *miaja*.

—Si tocas—le afirmó el As de Oros—á este ser para causarle desaguizado, erosión, ó herida alguna de pronóstico reservado...?

—Es mi mujer, respondió el mal aconsejado mozo.

Entablóse entonces el siguiente flamìgero diálogo.

—De modo que por ser tu mujer?...

—Hago de ella lo que me dá la gana.

—Eres un cabestro.

—Puede.

—Los hay frescales.

—Segùn dá el aire.

Oyóse hacia este punto del diálogo el característico ruido de un mamporro, seguido de un coceamiento infernal.

Estaba el *Apéndice* sobre el desdichado *Nene Bitongo* como San Jorge sobre el Dragon y para aliviarlo le dijo con serenidad indescriptible.

—Tu mujer ha sido mi querida. Y, cuando un hombre tiene derechos adquiridos como yo, si no vela por ellos, es un becerro de dos años sin herrar, ni tentadero.

Un corazón rugió bajo una bota.

Nene Bitongo lloró amargamente.

Escrito lo anterior para los lectores que amen los acontecimientos fuertes escribamos esto, ahora.

¿Puede suceder lo que nunca ha ocurrido?

¿Es posible lo que no ha sucedido nunca?

Pues oído al parche.

El As de Oros tomó del brazo á la *Niña de las Púas* y se la llevó á un rincón donde una lamparilla roja descubría que hacía dos siglos un hombre mató allí á otro hombre de

un magnífico navajazo en los intestinos, estilo Sacro Monte de Granada.

—Tu sabes, Eusapia, cameló el As de Oros, que te he querido mientras no era lo que soy,

—Sabido, suspiró ella.

El añadió.

—Pero hoy nuestros destinos nos separan.

—Porque eres un granuja, rugió la nueva Carmen de Merimée.

—La pasión te ciega, Eusapia, dijo él, conciliador y tierno, un abismo nos separa.

—Quien nos separa, gruñó la pobre mártir del heroísmo nacional, es esa yegua de...

—Lola debe ser para tí sagrada.

—¿Y mi deshonra no lo debe ser para tí tambien?...

—Los hombres como yo no deshonran.

—¡Claroco!, aulló la interpelada.

—Los hombres como yo honran á los seres que tratan.

—Yo era muy buena antes de conocerte, Gervasio, y hoy soy una fiera. Mira, esa rana que *t'ás echào* de querida no hace mutis palabra que la despeno.

—Si tú tocas, rugió el torero, á ese ángel...

—Lo tocaré, me lo comeré, lo haré salchicha!

—Entonces, morirás, y morirás ahora mismo!

—¡Oh dulce muerte si me la dan tus manos!!...

Aquello era para desarmar á un acorazado de tres chimeneas.

—¿Tanto me quieres?, preguntó el amado.

Ella se dejó caer en uno de los hombros del as de oros, por toda respuesta y volvió á llorar y lloró sin consuelo una hora larga.

La guitarra de *Nene Bitongo* sonaba á lo lejos.

Era su eco, trágico. El palmoteo de los diez de la Comisión Mixta de Aristócratas para la *Córrida de Beneficencia*, acompañaba el baile del *Mochales Perdío*; su eco era lúgubre tambien.

Un suspiro se escapó mas que á prisa del pecho del diestro.

—¡Quien sabe, Eusapia, si esta noche es la última de mi vida!

—No, bichin mio, no pienses en ello. ¿Quien te puede matar á tí?

—Un toro.

—No divagues, Gervasio.

—¡Ah, nadie sabe lo que un toro lleva dentro. Hay algunos que parecen salir de una Universidad.

—¿De veras? ¿Y á mi que me parecen todos iguales, nenito?

—La *iznorancia* es la causa de todo mal, Eusapia.

—Y cómo saben ellos que torear es filfa...

—¿Filfa el toreo?

—Vamos, quiero decir...

—Si, te comprendo, mujer, y te lo perdono... !Quien no perdonará los crímenes de la inocencia!...

Ambos se sumieron en negros pensamientos.

Tomaron asiento.

El acariciaba aquellos cabellos que habían sido negros.

Ella jugaba con el dije del reloj del amado, dije de oro de peso en bruto de un burro y que representaba un chino fumando opio en una sartén lo que era extremadamente original.

—De modo, susurró ella dulzosa y malévolamente, con esa honda noción del peligro que tienen las criaturas del sexo débil, de modo que los toros también te pueden coger á tí.

—A mí y á Cristo si se les pone por delante, respondió él sacrílegamente.

—De modo, añadió la Eusapia, que tú antes de ir á la Plaza no puedes decir—hasta luego—sino—hasta que Dios quiera.

—Naturaca.

—Entonces los toros son como la lotería ¿verdad?

—Si pero al revés; aquí á quien le toca se ha caído.

—Pues yo he oído decir que haces de los toros lo que quieres.

—Como tú de mi, añadió él galantemente.

—¡Ansioso!

—¡Solera fina!

—¿Me amas?

—T' amo.

—¿Olvidaràs á esa Lola del cuerno?

—Jamás.

—¡Arrea! Y yo que creí que...

—Ten calma, luz de mis ojos.

—Tan poca vergüenza tienes que aun me llamas eso.

—Tengo lo que tengo y si alguien tiene más que yo ¡qué se vea!...

Esto hizo llorar una vez más á la *Niña de las Púas*. Dijo:

—Serás mi verdugo!...

Oyóse la guitarra; unas soleares, negras como el betún.

—Ese si que me ama, se atrevió á decir.

Y no lo había acabado de echar por la boca cuando el As de Oros, veloz como quien se aparta de un auto en cuarta, la soltó una de cuello vuelto que aquel ángel soltó una inmunda flasfemia.

—Toma, gritó ella en el vaso sin fondo de su desesperacion mostrándole un cuchillo que sacara de entre las ballenas del corsé, toma, corta por donde quieras, acaba con esta existencia mía que es para mí un suplicio renovado inutilmente.

—Como una papeleta de empeño, comentó el desalmado.

—No tienes valor ni para matar à una pobre mujer.

—¡Deliras!...

—¡Mátame!, gritó ella arrastrándose á los pies del ídolo.

—Ladea, hermana.

Y de un puntapié la arrojó de si como un guiñapo.

¿Qué sucedió entonces?

Alzóse ella y con una dignidad de la que

ni aún ella misma se hubiera creído capaz, le dijo.

—¿Y eres tú el *Apéndice*?

—¿Y aún lo dudas?

—¡Oh, no! exclamó riendo sardónicamente.

—¡A ver si te suelto otra!...

—¡Eso faltaba!... dijo Eusapia mirándole como si le viera por vez primera.

El desenlace se acercaba. Veíase un pañuelo verde en las manos ocultas de la Providencia.

¡Amores trágicos españoles! Toreros y coupletistas, *cantaoras*, y *bailaoras*, guitarras, vino, sangre, sol, navajas, ¡ay, ay ay!!...

Un fenómeno sísmico conmovió el alma de bronce del torero.

Había oído el nombre de la bicha en la boca de Eusapia.

No quería creerlo.

Pero...

La verdad es como la mentira; se oye perfectamente.

—¿Qué has *vomitao*, parienta?

Los ojos se saltaban de sus órbitas.

Ella, como sucede siempre cuando un hom-

bre pierde la razón, la recobró al instante y le hablo así ó de un modo parecido.

—¡Te he amado à lo español. Por tí lo dejé todo menos el *cante*. He engañado á mi marido con cuanto tú has querido. Solo me quedaba el alma y ésta la acabas de asesinar. Pues bien te maldigo. Te matará un toro mañana y tu cogida será horrorosa. El toro te partirá en tantos pedazos que no te podrán coser. Y à esa Lola del ala la violarán en mascarados y parirá dos gemelos y desde otro mundo, en los infiernos, lo verás todo!!!..

Acabó y al acabar se hundía el puñal con mango y todo en ese sitio en que los dos pechos hacen todo lo posible por juntarse sin lograrlo.

El se acercó horrorizado, mas ella le apartó con un ademán lleno de reticencias.

—¡Vaya un golletazo!, exclamó él viendo salir litros y litros de sangre roja como el vino antes de la invencion de la química.

Eusapia quiso incorporarse, lanzó un epifonema intraductible, lo miró como se debe mirar cuando se mira por vez última y entregó su espíritu en manos del Hacedor à las ocho menos veinte.

La guitarra sonaba lírica, lóbrega, lúgubre

Un bicho jipeaba tambien en lo más alto de la copa de un árbol.

El As de oros llamó entonces á sus amigos. Renunciamos á describir la triste escena.

Nene Bitongo, su marido como ya sabemos, se limitó á decir:

—Dios *la'ya perdonáo*, que á gallina nadie *la ganáo* en este mundo.

El *Mochales* *perdió* hizo tambien su oración fúnebre.

—¡Qué hermoso fin para una *cantaora* castizal!...

El *Apèndice* fué arrancado de allí por la Comisión Mixta.

Uno de ellos filosofó,

—Hacía mucho tiempo que las *juergas* no terminaban así.

Peró el estupor no tuvo limites cuando oyeron decir al *Apèndice*.

—Mañana me matará un toro.

—¡Guasoncíbilibis!... le gritó uno de la Comisión dándole un puntazo con el índice en la barriga.

Sonó la bocina de un automóvil.

Del magnífico carruaje salió... nos lo resistimos á creer pero los hechos son los hechos... salió Doña Lola.

¿Sola?

Con un mancebo.

Este mancebo se llamaba Juan y tenía ma
la catadura.

II

Veinte años atrás... este hombrecito no ha
bía nacido. Apenas si el bozo tamizaba sus
mejillas; pero su fama corría más deprisa que
sus años y Lola era su segunda esposa.

Este arcángel era Conde y muy rico en
metal; lo que nos hace innecesaria toda des-
cripcion, seguros de que esta condicion le ha-
rá simpático á la mayoría de nuestros lectores
y la mayoría, amigos míos es la que en todo
corta el *bacaláo*.

Había mandado este serafín al otro mundo
en duelos muy sonado unas docenas de hom-
bres; que era él pundonoroso hasta la hipér-
bole y no permitía en su presencia la infrac-
ción menor al Doctrinal de Caballeros. Más
tenía una debilidad—jay, quien no la tie-
ne!—y esa debilidad era el *Apéndice*.

Los seres que se buscan se encuentran, ha
dicho un banderillero, y Juan buscaba el *Apén*.

dice. Una vez encontrado se hicieron tan amigos que todos les era común hasta Doña Lola; claro está que, con referencia á esto último, en el mayor de los misterios.

Doña Lola era una barbiana de veinticinco yerbas. Alegre, como su nombre; bella, como un pecado mortal en Cuaresma; alta, como la cabeza de un toro á quien no se han dado pases «por bajo» sacudiendo el trapo; gorda, como la que se vá á armar según mis correligionarios algún día... Casada no contra su voluntad si no contra su capricho lo que no es lo mismo aunque lo parece, *diqueló* la cantidad de hombre que había en el As deoros, le dió primero qué decir y luego lo que el quiso y así estamos al principio de este capítulo.

Doña Lola fuè saludada por los diez de la Comisión Mixta con el respeto que á los *juerguistas* inspira la virtud. Pertenecía Doña Lola á una Sociedad, precisamente, la que había organizado la Corrida de Beneficencia y era como el ángel inspirador de esa Sociedad misma, filantrópica como un pelícano.

Quisieron ocultarla lo sucedido, por lo pronto, y sentándose con los individuos de la Comisión Mixta en torno de una de esas me-

sas, cuyo solo aspecto inspira una mala noche, llevaron la conversacion donde la conversacion quiso ir; que es lo que sucede á quiene no saben por donde empezar.

—¿Están ya ultimados los preparativos?, preguntó un hombrecillo calvo muy parecido á un torero de moda.

Doña Lola respondió que sí y sus ojos se clavaron en los del *Apendice* que parecían decirla:—¡Pues si llegas antes sí que te las *lías!*

—¿Se ha vendido la Plaza? interrogó otro de la Comisión Mixta á Juan.

—Y diez que hubiera.

— Me alegro por los enfermos, dijo uno de la Comision Mixta que tenía ojos de besugo.

Doña Lola que como querida de un torero estaba siempre al quite murmuró beatíficamente.

— Tendrán caldo y *magras*, gracias á nuestro torero.

Iba á llamarle bribonazo, charrán y otros epitetos pero... se contuvo.

—¿Qué sería de la Beneficencia Municipal sin las Corridas?, murmuró un juerguista, sin mala intencion.

Doña Lola, que creyò una indirecta lo que

era producto de un cerebro equilibrado, lo mirò encantada.

—La verdad es, dijo Doña Lola, que no hay cosa mas fácil que preparar una fiesta benéfica cuando por medio hay toros.

—Y toreros como el Apéndice, añadió Juan.

Doña Lola, que sentía la querencia, hacia garabatos con los ojos para mirar á todos y solo ver al héroe, al amo.

El amo tenía cara de vinagre.

Otro de la Comision Mixta pronunció un discurso cuya substancia era esta.

—He ahí dos Hospitales que sin los toros tendrían que cerrarse. ¡Y todavía hay quien habla mal de ellos!

—¡*Mochales perdíos!* exclamó Juan.

El *Mochales perdio* creyó que le llamaban y se acercó.

Doña Lola observó con curiosidad aquella pieza humana que parecía un hombre, y él miró á Doña Lola con esa mirada que los hombres llamamos ardiente pero que tiene otro nombre el cual, como sucede en todo en este pícaro mundo, no se puede escribir.

Le fuè presentado.

—*Mochales* perdió, bailaor genial, de ra-

za, hace con su cuerpo lo que la dá la gana y se impone porque baila como los ángeles.

Doña Lola lo miró ahora como antes él á ella.

Después le presentaron á *Nene Bitongo*.

—Nene Bitongo *tocaór* de guitarra, castizo más que Dios, cuando el toca hay que quitarse el sombrero, en cada dedo tiene una fortuna pero como los mueve tanto se vá y no tiene una gorda.

Doña Lola quedó satisfecha.

Después la conversacion tomó adorables giros.

—¡Los toros, ah, los toros! ¿Qué sería de España sin ellos?

—Como que son nuestro paño de lágrimas, dijo uno.

—Ahí recibimos la noticia de todas las palizas que nos dán, reflexionó un juerguista.

—¡Y que nos dan pocas! gruñó un tercero,

—Porque no ponen al frente hombres como el Apéndice, sentenció Juan.

—¡Cualquier cosa le inmuta á este, dijo otro que no hacía otra cosa que volver la vista al sitio de la tragedia tan minuciosamente contada en el capítulo anterior.

— ¡Está triste Gervasio! indicó Doña Lola á su marido.

— Es natural, mujer, respondió el aficionado, calcula tu, mañana se juega el pellejo.

El Apéndice dejó caer sobre el pecho el órgano ó miembro al que él enfáticamente llamaba cabeza y dijo con sencillez espartana.

— Mañana á estas horas habré muerto.

— ¿De qué? pregunto un *gachó del arpa*.

— De amor, dijo otro *gachó* de la Comision Mixta.

— ¡Ay!, suspiró la tantas veces llamada Doña Lola.

Sn marido no pudo por menos de observar en su fiel esposa síntomas de desfallecimiento que èl atribuyó al haber venido en automóvil desde tan lejos.

— ¿De amor? interrogó sonriendo á lo Mefistófeles el amo, eso no vale la pena.

— ¡Amor! exclamó uno mirando á Doña Lola.

Y todos repitieron la palabra que el viento concluyó por llevarse.

Hubo un silencio.

De pronto se oyó el llanto de un hombre. Era *Nene Bitongo*.

— ¡Dadle que llore, gritó imperiosamente

el Apéndice á los que acudían en alivio del cuitado.

—¿Porqué llora ese hombre? preguntó doña Lola.

—Los nervios, señora, respondió un linfático.

El Apéndice puso en antecedentes á Juan.

—Allí, dijo señalando, un lugar lóbrego del Cortijo, allí acaba de morir la mujer de ese hombre, la famosa *Niña de las Púas*. Justo es que llore. Las lágrimas son el láudano de la existencia.

—Y el bromuro de las penas, concluyó uno de la Comision que había estudiado medicina hasta el segundo año.

Juan lo sintió mucho y preguntó como un doctrino.

—¿Y de qué ha muerto?

Nadie supo responder ó no quiso lo que es casi igual para nuestro propósito.

—Hay allí un cadáver, señores, tomemosnos un poco de interés, dijo uno de los diez que sin duda era sensible.

—E insepulto, añadió otro.

—Y cubierto con más sangre que un jamelgo en la Plaza.

Doña Lola sonreía.

Una mujer de menos es siempre una buena noticia para una mujer enamorada.

Sin embargo resolvió ir á verla.

—Conmigo, dijo resueltamente el Apéndice, echando un capote.

Doña Lola, por refinamiento en la crueldad—¡oh tragedia!—pidió permiso con los ojos á su marido.

—Con ese vas segura, Lola, dijo él, ya puedes ir con ese á todos los lados sin miedo.

El Apéndice no la dió el brazo por ser esto muy cursi ó porque Doña Lola no se sostenía mal en sus macizas piernas.

Pronto estuvieron lejos de la reunion.

Doña Lola entonces se abrazó à su amante en un abrazo bárbaro, salvaje, de francesa que imita á una española.

—Rabio de amor, Gervasio.

—Te adoro, Lola.

—Soy tuya, mátame, písame, estrújame.

—Como la otra, tóas iguales.

—¿Què dices?, pillo...

Y dando un brinco, zalamera, hiperbólica, dejada de la mano de Dios, se colgó de los hombros de su gladiador y lo mordió en un ojo.

—¡Dime si me amas *péndicito!*

—Si no te amara... Lola... si no te amara...
El tono de enigma de esta frase conmovió á Lola hasta los huesos.

—Habla... habla... ¿qué te ocurre?

—Ocurre, Lola, que eres cómplice en la muerte de la *Niña de las Púas*.

—¿Yo, gatito mío? Si no he salido de la Iglesia en toda la tarde vendiendo localidades para mañana.

El As de oros rugió herido de muerte.

—¡Lola! ¡Lola! ¡Lola! ¡Y además cómplice de la mía!

Lola se hubiera desmayado á no estarlo siempre por culpa de su amor.

—Pero... ¿qué te pasa... ¡vamos... desembucha!

—Oye, gritó desencajado el As de oros, ven, ven, ven.

Y la arrastró hacia el lugar de la expiación.

—¿Ves ese cadáver, Lola?, rugió.

Lola se aturdió algo.

El torerazo, cruzándose de brazos ante la magestad de la muerte dejó caer estos monosílabos como campanadas...

—Yo... tú... ella...

Lola que aunque sicalíptica, trágica y pasio-

nal, tenía mas sentido común del que parece, se acercó á su amante y le dijo.

—O estas *chaláo* ó aquí hay *matute* ¿No es esa la *Niña de las Púas*?

—Esa es, Lola.

—Y bien... que la entierren.

El monólogo existe.

Ante el cadáver el torero dió rienda suelta á su remordimiento.

—Me amó y me demostró que me amaba. Me maldijo. Me nombró la bicha. Me predijo que moriría mañana, que me mataría un toro. Y todo por celos, por tí, por tí, Lola.

Lola empezó á asustarse

Se inclinó sobre el cadáver.

En el pecho tenía una herida que parecía de cuerno. Metió su delicada mano y no dió fondo. Mas tarde los facultativos, por cierto no sin asombro, hayaron interesados el pulmón, el corazón, las tripas y encontraron el puñal en la vejiga, lo que sin duda alguna era asaz extraordinario, pues aunque estas mujeres no sos como las otras, el caso se prestaba á volverse loco, de no ser detective de nacimiento.

Los ojos del cadáver estaban macabramente abiertos.

La muerte que lo iguala todo, mejor que una pared los albañiles, no pudo borrar de aquellas pupilas exangües el brillo metálico del odio de raza.

Lola se llevó las manos á la cabeza exclamando.

--Esta mujer me odiaba!

Luego, como si esta idea la hubiera dado increíble valer, cogió la cabeza de la víctima con el gesto de una Salomèn y dijo.

—En mi vida he visto cosa mas fea. Lo menos tenía ochenta años.

—¡No insultes la muerte, escorpión! aulló el *Apéndice*.

—¡Me dá la gana!

—Mira que te piso como a un sapo.

—Tú que vas á pisar, ¡pelele!

Y se levantó á medir sus fuerzas con el ser sobrenatural de una Raza.

Confesamos que estaba hecha una real hembra.

Las sombras de la noche esperaban.

En el Cortijo oíase á intévalos y cómo si alternaran en duo misterioso un acordeón y un perro.

Tuvo entonces el *Apéndice* un rasgo romántico. Parece ser que dijo.

—Si mañana he de morir ¡qué importa morir antes!

Y acercándose á la que tanto le idolatraba la increpó.

—¿Porqué te revelas contra mí, dulce Tiranía?

Esto era cantar las cuarenta.

Lola, seducida, fascinada por aquella poderosa mirada que hasta en las tinieblas magnetizaba, se acercó al coloso taurino.

—Soy tu sierva. Sea en mi según tu palabra.

E inclinó la cabeza en el hombre adorado.

La luna salió á ver aquello.

Un cadáver cerca de un idilio; el marido de Lola tambien cerca; una corrida de Beneficencia al otro día; y la maldición de la muerta moviendo sus pestañas vibrátiles en el viento de aquella noche tibia.

Creemos que esto son aventuras, jugarse la vida, ser castizo y merecer andar por ahí *atrastráo* en coplas.

La luna, la cómplice escandalosa de tantas cosas que ponen los pelos de punta iluminó el grupo.

Estaba ella como hemos dicho lánguidamente despierta pero dormida en ese éxtasis

de almíbar ó azùcar cande del que desgraciadamente despertamos demasiado pronto.

Su pàlida frente marfileña, frente pura de cromolitografía caía cerca de los labios voluptuosamente pérfidos del lidiador.

¿Nó estais viendo aquí temblar un beso en estas indecisas? ¿No sentís la vasta aproximacion de dos almas? ¿No os dá en las narices que vá á ocurrir algo gordo ó grueso?

En el momento en que la boca del torero se unía á la piel de Lola, fresca piel de España; en el instante en que aquellos dos seses se entregaban á la ley natural sin acordarse de los jueces ni otras galimatias ó protuberancias óseas de la realidad, un acontecimiento inusitado vino á dejar caer en la miel una mosca.

No de otro modo incautos, dormidos en el brocal de un pozo, ignoramos el peligro que corremos.

La miel era su alma una é indisoluble é indivisible ya.

La mosca era él.

¿Quien?

Juan.

Juan el duelista, el hombre que partía de un tiro un cabello lanzado al aire desde la

ventana de una torre ò de un tren en marcha; Juan el aficionado recalcitrante, conde, millonario, dueño de un automóvil pero no dueño jay! del alma de Lola.

¿Qué pasaría por el alma de aquel hombre?

Divaguemos.

Figuráos que os casais con un angel.

Figuráos que viene un quídan y se hace vuestro amigo.

Figuráos que el amigo y el ángel hacen migas.

Figuráos que un día lo veis.

Decidme: ¿qué os queda?...

Vengar vuestra honra ya que no la viglásteis como aquel caballero de Avila que se pasó la vida espiondo su alma sin moverse de la silla.

Han dicho todos los sabios que las manchas de la honra no las quita ni Dios.

Pero como hay drogueros del alma lo mismo que hay boticarios del cuerpo, se ha inventado que la sangre borra esas manchas.

O sea: un revólver puede devolveros la dignidad; dos cápsulas ó una bien administrada pueden traeros la honra à casa.

Lo que no os traen es la nena otra vez.

En un minuto el Conde Juan se hizo las anteriores reflexiones.

Meditar es deducir: pero hay meditaciones que enredan.

Dad un ovillo à un gato y tendréis la imagen de la imaginación de un hombre en el caso de Juan.

Lola presintió á su hombre y como es natural, aunque no debía serlo, se agarró á su torero como con tenazas.

Porque es lo que diría aquel angelito:—Si me matan que nos maten á los dos.

El amor tiene estas envidiables prerrogativas.

El *Apéndice* acostumbrado á ver pasar la muerte bajo los sobacos y á veces por otros sitios mas peligrosos, puso en sus labios de terrorio una mueca sarcástica.

¿Miedo un torero, cuando son la regla, escuadra, metro, compás y vara de todas las clases de valor?

¿Miedo As de Oros que en América se ganó un premio por dejar que una locomotora pasara por encima de su cuerpo?

Juan, al fin, habló. Su voz parecía venir del otro mundo.

—Si un dia viene uno y me dice lo que hoy veo lo mato.

La frase inicial no podia prometer más.

El bicornio bípido continuó.

—Si tú, As de Oros, hubieses confiado tu mujer á un canalla y este hubiera demostrado serlo ¿qué recurso te hubiera quedado?

Un cuco lució su genio musical en el seno materno del viento.

Las estrellas brillaban indiferentes á todo.

El cadáver de la *Niña de las Púas* parecía sonreír.

El torero sentía en su intrépido corazón la respiracion ardiente de Lola.

Juan avanzó.

Sacó un revólver y lo amartilló.

—Si eres hombre, exclamó, deja esa mujer á un lado y defiéndete.

El torero forcejeó por desasirse y ella entonces dió un terrible grito.

Al grito acudieron los diez individuos de la Comisión Mixta.

Encontraron el caso grave.

Lola dió un gran pellizco al *Apéndice*.

Estaban salvados.

Los diez entablaron negociaciones con pasmosa sangre fría.

He aquí el estado del asunto á media noche.

Entre dos hombres había dos Hospitales.

Si al dia siguiente no toreaba el *Apèndice*, mas de mil quinientos enfermos no probarían caldo alguno en un año, lo que se presta á espléndidas conjeturas.

El diablo que todo lo añasca ha unido tan endiabladamente la caridad y los toros que si no hay éstos revienta la otra.

Teneis un duro, por un casual, que se dan estos casos, palabra.

Se os pide ese duro para sosteder un Hospital.

Claro está que lo negáis.

¿Porqué?

Porque la condición de un hombre que tiene un duro es así.

Pero teneis un duro y leéis un cartel de toros.

Se habla en él de los beneficios sociales que reporta la Caridad, lo meritorio del que por los inválidos se sacrifica, de ocho toros que se las traen y de tres hombrecitos que son una futesa matando bichos bovinos y entonces...

Entonces como ya no os piden un duro

sino que os exigen, en nombre de la caridad, tres, dais el duro que teniais, buscais los otros de bajo la tierra y á la Plaza, à remediar la precaria situacion de los pobrecitos enfermos ¡no faltaba más!

La caridad asi entendida es un encanto.

Tan moral es esa idea de la caridad que dan ganas de... ¿de qué dan ganas, hermanos?

Pues de deciros que m'alegrito de veros güenos.

¡Pobre Juan!

He ahí una situacion anómala.

Los diez de la Comision después de deliberar se dividieron en dos subcomisiones que á su vez delegó funciones en el inmediato inferior, como es vieja costumbre española.

Habíase determinado —¡Caso raro que una Comisión determine algo!—que en cuanto acabara de torear el *Apéndice* al otro dia, Juan le pegaria un tiro.

Juan no sabemos si por los enfermos ó por ver torear una vez más á su ídolo accedió.

Saltó á su automóvil y se perdió en las sombras.

Lola y el *Apéndice*, estrechamente unidos, abandonaron el lugar fatídico donde la

la pobre *Niña de las Púas* había atentado ímpiamente contra su vida.

El Nene Bitongo se les acercó, la gorra en la mano.

Entre el marido y el amante se entabló el siguiente curioso diálogo.

—¿Cuánto crees que valia la *Niña de las Púas*.

—Cien pesetas, *Apéndice*.

—Como éstas.

—¡Que el cielo te pague lo que haces conmigo, torerazo, generoso, baratero y derrochador!...

Lola cortó el diálogo dando al amado un beso de tres bemoles.

III

Una corrida de Beneficencia es una fiesta ideal.

Consiste en una oferta y una demanda magníficamente disfrazadas de acto voluntario.

—¿Señorito, una limosna?

—Hola!

—¡Déme un centimito para pan?

—¡Caramba!

—Se me ha muerto mi madre y estoy solito en el Mundo.

—Bueno; pues límpiame las botas.

Se os limpia las botas y dais el céntimo.

¿Me querèis decir, ahora qué es lo que habeis dado?

La caridad ha inspirado las más grandes obras del espíritu humano y ella debe informar nuestros actos mas modestos; pero en su nombre nadie debe cometer acciones torpes.

Decid así, sin hipocresias.

Me dá la realísima gana *diversionarme* y no hay ningún *nene* que me lo impida!

—¡Ele!... pero que en el morrillo

Mas. si vais á los toros por hacer un bien, sabed que lo mismo podias hacerle sin ir á la Plaza y que el ir con ese objeto es tener muy mal corazón.

Sabed que mientras os divertis un hombre sufre en una cama.

Si el Gobierno, este infame Estado español que explota la lotería como una de las mas saneadas rentas de su peculio, se diera cuenta de que el Pueblo aprende así á no tener sentimientos verdaderamente nobles, prohibiría esas Corridas hipócritas.

¿Las prohibirá?

¡Quiá!

Porque no; porque si un Hospital recibe diez mil duros mundos y lirondos por este tubo, letrina, conducto ó cañería?; que necesidad hay de *apoquinarlos* del Erario? En cambio hay para guerras miserables, fondos de reptiles y otras concupiscencias.

Primer aviso.

Corramos, pues, un velo de acero Krupp á estas porquerías è historiemos con esa meticulosidad lírica con que hasta ahora hemos venido haciendo las delicias de nuestros lectores.

Trasladèmosnos á un lujoso gabinete amueblado á la oriental.

En un divan, Lola; en otro divan, el As de Oros.

Es la mañana del día de la corrida.

Lola tiene en la mano una maraña de bello postizo; el *Apendice*, un periódico, un gran Diario.

Validos del mágico poder que tienen los malos novelistas para meterse donde no los llaman, leamos por encima del hombro del torero maestro.

— «Se dice que el *Apéndice* está mejor

que nunca de facultades. La herida del tobillo no se le ha vuelto á abrir esta temporada y solo le supura un poco la cicatriz que un toro del Duque le infirió, el 17 del mes de las flores del año pasado, un centímetro más allá del ombligo. La tremenda cornada que desgarrando la piel en media legua de extensión, interesó los tejidos, partió el cúbito, fracturó el éliaco, abrió una horrible brecha en el hígado y declaró la peritonitis, está en vías de plena cicatrización aunque el diestro se resiente de ella cuando las *juergas* duran más de tres meses seguidos. El puntazo de la ingle ha entrado en período de franca mejoría un infarto en los ganglios como de un metro de diámetro que le molesta sobre todo al andar en bicicleta. Los once varetazos de la espalda han mejorado desde que el famoso diestro no come higos chumbos. Los cincuenta y cuatro puntos de sutura que le dieron en la region supra venal no le causan la menor inquietud. Algo más le fastidia el terrible pisotón que en el pié izquierdo le dió un toro de Parladé el 2 de Enero del año 1898; la historia de esta herida es curiosa por demás. El caso es que se trata de una tontería; pero los toreros suelen decir que temen mas á las he-

ridas tontas que á esas otras en las que se tiene que meter el médico entero para ver hasta donde llegan. El toro llegó al último tercio con más humos que un velón. Frente al 2 y con los terrenos cambiados el *Apéndice* entró por uvas quedando empitonado por la coronilla y viéndose obligado á dar el doble salto de corvas ó triple tirabeque. Se resintió por entonces de dolores en la región escapular, más no hizo caso. Después de un soberbio pase de pecho que remató en el rabo como Dios manda, el toro se revolvió sin decir allá voy y lo largó un pisotón macho. Hubo que recoger del suelo los huesos del pié y gracias á la paciencia del Doctor que los unió y supliò los que faltaban con varillas de aluminio ó celuloide, el diestro pudo andar como si tal cosa, aunque no deje de sentir por allí conatos de insubordinación sobre todo los jueves á la caída de la tarde. El golpe de la rabadilla parece ser que no ha traído mas consecuencias que un tumor que hay que abrir doce veces al mes para variarle. El maestro ha notado que cuando no se vacía busca salida por sitios en extremo delicados y cuantos le han visto en estas circunstancias le han aconsejado sin remorderles la conciencia, que

se pegara un tiro. El antrax parece que disminuye y algunos restos de enfermedades juveniles andan poniéndose aquí y allá. Pero, según nuestros informes de origen fidedigno lo que más le hace padecer es un boquete atroz que tiene en un sobaco y que por la espalda le llega al otro. Le han puesto bizmas, emplastos, cataplasmas y barrenos de liddita ó kimosse (pólvora japonesa de acorazados) sin resultado alguno. Los botones de fuego y corrientes de alta frecuencia le dejan en su lugar descanso, es decir, frío. Por ahora no le puede venir otro mal que empeorarle una grieta hereditaria de origen gotoso que le parte del bulbo raquídeo (vulgo, nuca) y concluye en el talon de Aquiles. Su médico no puede con él y se maravilla de que no intente la curación de la apendicitis enfermedad que tan peligrosa es. Además, á consecuencia del vuelco famoso del automóvil de su querida, la bella Cucurucho, en la que murió esta malograda joya de la coreografía víctima de las mas bárbaras dolencias (se le partió el espinazo en siete partes), le ha quedado en el cuerpo como unas doce docenas de cardenales por los que se exhalan los gases mas metí-ficos y virolentos.»

«Pero según nos afirman el *Apéndice* viene mejor que nunca y nos congratulamos de ello, porque amigos fervientes (y conste que no le debemos algún favor) suyos le aconsejamos se exceda así mismo esta tarde. El *Torpedero núm. 13* viene pegando y la faena que hizo la otra tarde en Panticosa le ha puesto en la Osa mayor. Lo mismo sucede con *Robespierre II* que debuta esta tarde en nuestro circo taurino. Sepa el *Apéndice*, y se lo avisamos (como admiradores incondicionales que le somos desde hace cuarenta y tres años, muchos años antes de que naciera, porque le presentíamos) que *Robespierre II* no es ninguna babosa, si no canela en barras; sus pases mixtos han hecho furor y hay una sala en el manicomio de Leganés con su nombre. De modo que hasta luego, maestro. Nos atrevemos á añadir que representamos á la afición en este ruego y que nos veremos obligados á pegar firme si no...»

—Si no hay cañamones, dijo el *Apéndice*, en voz alta, haciendo con los dedos ese movimiento que quiere decir tanto para los pelafustanes, pelagatos, truhanes, tahures, follones, y bigardos.

Lola le contemplaba embriagada de amor.

Desde su diván le envolvía en una ráfaga envenenada de cariño más peligrosa que gas de llave libre.

No obstante sentirse acariciado por aquellos aterciopelados ojos el *Apéndice* pensaba en su situación.

¡Oh, era verdaderamente trágica ésta!

Una mujer muerta é insepulta. Un hombre ofendido en el centro de la gravedad de todo hombre. Una maldición brutal. La carga dulce, pero al fin una carga, de Lola, mujer-globo, hija del viento cuya inflamante sangre parecía de hidrógeno...

—Piensas en algo malo, le dijo, lo leo en tus ojos.

—Pienso en los toros, Lola.

—¡Ah! Esta tarde estaré allí...

Lola saltó del divan, enseñando unas interioridades como para ver pocas; sitios de esos para los que parece haberse inventado la simbólica frase de «por aquí se piden los santos sacramentos.»

Se le acercó tremante de cariño. Le murmuró.

—Estaré allí ¿sabes? Y te animaré con todo mi cuerpo y tú mirarás para beber en

mi asadura. Es preciso que quedes como los ángeles. ¿Te atracarás?

—He de hacer tales cosas—sentenció con solemnidad imponente—que los venideros digan mi nombre con miedo.

Lola se le echó encima con sus cinco quintales de peso en flor y si no se le abrieron las heridas descritas en el periódico de marras fué porque el amor cura las heridas que abre.

Tenemos el orgullo de creer que nos explicamos como las propias rosas.

En esto comenzaron á llegar los admiradores de cien en cien, como las patas de los escorpiones.

¡Los admiradores taurofenómenológicos!

Los hay discretos que admiran sinceramente lo que ellos no tienen.

Los hay frescos que lo admiran y lo tocan.

Los hay que dan la hora.

Los hay que por un torero darían lo que les pidieran.

Los hay sinceros que creen que el valor artístico empleado contra el toro es un dato nacional y la única reserva de energía positiva de que disponemos.

Los hay con mas camándulas que un perro.

Los hay con escamas.

Mientras el diestro de nuestro relato se vestía, operacion delicada que consiste nada menos que en cargarse el fardo más pesado del mundo de tal modo que parezca lo contrario y aún etéreo; mientras Lola repartía entre sus íntimos sendos apretones de manos y concesiones insignificantes, discutíanse las proezas leídas del *Torpedero n.º 13* y del *Robespierre II*.

Decía uno, jefe de corro, varon de cara de juez, esgrimiendo un periódico técnico-taurino con vistas á la calle.

—Si lo entiendo que me ahorquen. Dice aquí que la especialidad de *Robespierre II* es los *pases mixtos*. ¿Qué es eso? Y que lo que distingue al *Torpedero n.º 13* son sus lances de capa «de *vuelta doble de costado á lo molinillo*.»

A la verdad esto no era corriente. La técnica taurina bastante complicada por cierto es sin embargo del dominio de los niños.

¡Cómo que lo maman!

Porque eso se mama, hermanos. Está en la sangrecita.

Ahí tienen, por ejemplo, el «dar cadera». ¿Hay algo más rudimentario que al final de un lance clásico el hueso de la cadera se sal-

ga de madre y haga lo suyo? Pues al avío y oireis cosas. ¡Ahí es nada, santo Dios! ¡Cómo que el cuerpo no ha de moverse y sin embargo hay que estar andando!!!

En un rincón sonó un aullido.

La gente se agolpó allí. Uno leía:

—Lo cita en los medios, el toro acude como un ciclón, ladea el amigo de un modo inexplicable ¡sin moverse!, le recoge con el talón del pie (citaba á cuerpo limpio) y lo deja muerto por fractura del espinazo. La ovación le produjo abundante hemorragia nasal.

Se miraban los unos á los otros.

Les consumía la impaciencia. Habían pagado las localidades quince veces el múltiple de su valor y estaban deseando exteriorizar una protesta estilo flamenco; ó sea metiendo zaragata, los cuatro remos y un lío de herradero; el todo, empapado en mostaza.

Se acabó de vestir.

Salió.

Y con él España, toda una Nación.

Le rodearon embobaliconados, alagartados.

Lola le largó media docena de besos marca negrita y le estiro suavemente lo que había sido estirado cien veces.

Luego, sentenciosamente, le dijo.

—Hoy es hoy, *Apéndice*.

Se despidieron.

Lola lloró como una gotera.

Por las calles nadie podía dar un paso. Daba lo mismo ir en coche que en el caballito de San Francisco. El ruido y el polvo cegaban los sentidos. *Apéndice* nombrado por millares de bocas pensaba en su destino.

¿Qué reservaría el destino al As de Oros?

¡El destino, la suerte, la bicha!...

Al cruzar por un callejón, para ganar tiempo, el carro de los toreros, éste tuvo que detenerse. De una casa de miserable aspecto salía un negro ataud. *Apéndice* se persignó con miedo.

Entonces ocurrió un caso inusitado. Los que conducían la lúgubre carga, la carne sin alma, la grasa sin espíritu, por ver á los toreros no se cuidaron del ataud y este cayó sobre el empedrado. Se abrió como un melón. Ante los ojos del *Apéndice* apareció una repugnante «agüela» como de noventa años. Estaba seguro de que aquel cadáver hediondo le había dicho:—¡Buena suerte!

Al volver la esquina venía el cura de la Parroquia para dar los Sacramentos á un po-

bre diablo que acababa de caerse de un octavo piso. Lo vió en pedazos sobre la acera entre vastos y caprichosos lamparones de sangre. Volvió á persignarse. Había creído oír al moribundo:—A ver como te portas, *Apéndice!*

Un niño muy pequeño le hizo un corte de mangas bastante significativo y aunque esto podía ser hijo de la precocidad de los anormales y hasta de falta de ambiente él lo tomó por el filo.

Otro entierro se cruzó con ellos cerca de la Plaza. Creyó que el muerto había sacado la mano por las junturas del ataúd para decirle adiós.

Al entrar en el patio de caballos se destacó de la muchedumbre un hombre alto, tan alto, que el *Apéndice* no había visto un hombre tan largo. Una puya de picador le serviría de baston. Llevaba en la mano un neceser y se presentó á él sin más requilorios como el médico que habría de asistirle si la *diñaba*.

Además cuando él entraba moría un anciano de muerte natural como dicen los que ignoran que por lo menos hasta ahora nada

se sabe de muertes artificiales. El *Apéndice* se puso muy serio.

Entró en la capilla y rezó.

La Virgen debió oírle porque sintió un cosquilleo grande como picazon de parásitos en la región mamaria.

Esto lo dió algún consuelo y por vez primera se atrevió á sonreír.

Inmediatamente mil caras sonrieron con él al unísono.

Cerró la boca y las mil del ala la cerraron.

Volvió á sonreír y...

Señal de buen agüero, se dijo.

Un monosabio le entregó una carta dirigida á su nombre.

La abrió y no encontró papel alguno.

Esto le puso sombrío. ¿Hay cosa mas vacía que un sobre vacío?

Al volver á salir al patio de caballos para formar en cuadrilla el monosabio del sobre saltaba con un estilete un ojo á un penco.

Se acercó y lo dió un sopapo; pero el caballo lo sopló una coz á él, creyéndole el autor de la infamia.

Allí conoció á sus rivales; al *Torpedero* n.º 13 y á *Robespierre II*. El primero era muy mono, andaba á saltitos y parecía un

crío enseñado por los Jesuitas. El segundo tenía cara de ignorarlo todo y tenía semejanza con el *Chato de la Larga Lengua* que murió en cadena perpétua por violar á cinco de sus hijas.

Los tres se saludaron afectuosamente como es costumbre entre compañeros de lidia y conferenciaron brevemente sobre el reglamento.

Cuanto más miraba á el *Robespierre II* más se aferraba á la idea de que lo conocía. Esto le dió mala espina porque el alma no suele olvidar si no á los que la han hecho algún mal.

¡Por los cuernos de Juan! exclamó, ya recuerdo.

En efecto según parece aquel hombre, entonces empleado de una funeraria, le sirvió un ataúd para una querida suya que murió por haber creído ver en la escalera á su primer amante muerto hacía unos años.

No repuesto de su asombro se echó á la cara á Juan.

—Vengo, le dijo este como *aficionáo* á darte la mano y desearte una tarde de *mixtó en salsa verde*. Luego me encontrarás como hombre.

Ya en la plaza y pasado ese ahogo del paseo en el que los toreros se creen dioses, el *Apéndice* miró al palco de Lola; ¡El 13!

No tuvo tiempo de soñar mas. El toro estaba en el ruedo.

Todas las miradas se fijaron en el As de Oros.

Sentía calambres en las pantorrillas, zumbido de oídos y hormiguillo en las manos.

Llegó á los medios, aireó la capa, vió al toro caer sobre él y luego sintió... ¿el qué? palabra que sintió al toro decirle:—Hola, comparito, ¿y la *Niña de las Púas*?

Se le quedó mirando de manera tan estúpida que el público le aplaudió á rabiar creyendo de buena fé que era aquello una mogiganga más del toreo fino.

Le dió otro capotazo y oyó ahora perfectamente claro lo siguiente que lo heló de espanto.

—Mal vienes hoy, nene.

La capa se le cayó de las manos encima la testuz y como si fuera de una percha la volvió á recoger. Estaba *mochales*.

El público se le echó encima. La ovación duró una hora.

El toro le dijo entonces.

—Saluda *panóli*, ¿no ves que te *las tocan*?

No había que darle vueltas ó estaba mas *chaláo* que el *Bolo* ó los toros modernos sabían hablar como personas.

El griterío en la plaza producía espanto y vértigo.

No se movía de al lado del toro y el toro parecía encontrarse bien allí. La gente sentía el calofrío de esa sensación popular que se expresa con el vocablo «¡atiza!»

El toro, observándolo con relativa compasión, le volvió á decir.

— Estás *azaráo*, *litri*.

Paso á paso se fué hacia la barrera.

El toro, paso á paso, se fué tras de él.

La gente en masa, enorme, imponente, le aplaudió hasta enloquecer. Aquello no se había visto nunca y el ver las cosas por vez primera se paga muy caro en las Plazas de toros.

De pronto el gentío que estaba congestionado de tanto aplaudir, vió la despechugación, lo que por los siglos de los siglos no se había de ver jamás, amén.

El desgraciado, que se creía en Jauja ó en los alrededores por lo menos, llegó al estribo y se sentó en él. El toro, que á decir verdad debía ser un toro sabio y más *corrío* que una

locomotora del 60, se acercó hasta tocarle las narices con su húmedo bello sin hacer por él ni niñerías.

El *Apéndice* saltó, por fin, la barrera para conferenciar con el Presidente sobre su amarga y singular situación; pero el Pueblo soberano se tiró al callejón y lo besaba y estrujaba que daba pena.

—¡Ese toro habla! gritaba estentóreamente. Y el Pueblo le respondía aún más fuerte.

—Hablará si tu lo quieres, maestrazo.

—Bendita sea tu madre, *pimpollo*.

—Anda con Dios, niño, que en tí se agotó la Providencia.

—Me iría contigo al fin del Mundo, se-
rafin.

—¡Quien tuviera una hermana!...

Lola en su palco fué víctima de un desmayo, lo que dió lugar á cuatro mas listos que ardillas á prestar valiosos servicios.

Entonces ocurrió lo siguiente en el callejón de la Plaza.

Juan el Conde, el espadachin, el que tenía su honra sobre todas las cosas, se abrió paso entre la multitud con esa facilidad que hay siempre entre la multitud para todo y poniéndose de rodillas delante del héroe le dijo:

—Lola hizo bien. Si yo fuera Lola haría lo mismo.

El público mismo lo hizo saltar á la plaza. Quería ver cosas sublimes; puesta en tensión su avaricia de emociones fuertes estaba en camino de querer la luna.

En el estribo, avergonzados, confusos, ante el sol de la Tauromaquia, el *Torpedero núm. 13* y *Robespierre II* esperaban.

Maquinalmente el pobre *Apéndice* se dirigió al toro que escarbaba impaciente la tierra lanzándola sobre sus hijares. El toro no se movió y As de Oros lo cogió de un cuerno, luego del otro, mas tarde lo besó, después se apoyó en él, enseguida lo paseó por el ruedo como un chiquillo y por último lo preguntó.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Diles, respondió el sesudo animalito, que me perdonen la vida.

El *Apéndice* pidió la vida del toro.

Se la concedieron.

Le hubieran dado el trono de quererlo.

Si fuéramos filósofos sacaríamos de esta escena de Arcadia la moraleja de lo mucho que puede la bondad.

El segundo toro era berrendo en un color de fuego, con dos puñales por astas, parecía

llevar pólvora en las patas y mugía como una tormenta. En su primera carrerita mató dos caballos, un picador, tres monosabios y un pobre guardia que como todos los guardias que mueren de servicio en Plaza dejan invariablemente mujer y siete hijos. En el segundo paseo triunfal hubiera hecho lo mismo si hubiese encontrado un títere en pie.

Pero la vergüenza es una cualidad de la sal en rama y el *Torpedero núm. 13* saltó la barrera decidido á parar los pies al miserable criminal cornudo.

No lo hubiera hecho jamás, amén. Verle el toro, correr á él, cortarle el paso, el aliento y la sangre y hundirle el cuerno todo fué uno. La Plaza entera se puso en pié, ululando.

¡Horror, furor y terror! Pavoroso espectáculo ciertamente.

El cuerno del toro redujo á una masa sanguinolenta lo que fué cuerpecito rumboso, ensueño de femíneas almas de gacelas.

Nadie se atrevía á salir á los medios, alejando la familia, instintos domésticos, querencias disculpables y otras martingalas.

Allí en los medios estaba la asadura del *Torpedero núm. 13* sacada por el toro de su estuche con una habilidad de cirujano.

¿Creeis que el publiquito dió por terminado el acto?

Pues no conoceis al publiquito.

Aquello era una Corrida de Beneficencia si la memoria no nos la pega como Doña Lola.

Y una Corrida de Beneficencia es, como antes hemos quedado, para caldos de enfermos, socorro de huérfanos y otras obras por el estilo.

Así es que yendo en el segundo toro no hay Dios que se vaya de la Plaza *manque* fuera el Juicio Final y oyera la corneta angélica.

El Presidente que era un buen padre de familia y tenía de Cuestor ó Pretor romano lo que yo de flamenco, se dignó intercedor por los toreros y víctimas.

¡Buena se armó! Arrojaron sobre el ruedo todo lo que hubieron á mano; destrozaron lo que el arquitecto ideó de madera sin acordarse donde vivía; hicieron hogueras; desencajaron puertas; arrollaron guardias y por coronamiento se lanzaron al ruedo. Siete *morenos* mató el toro; pero al toro lo venció el publiquito. Allí quedó el toro con más agujeros que criba castellana. Después como solaz quisieron quemar vivo al tierno Presidente pero

éste les prometió que seguiría la Corrida y le perdonaron.

Y siguió la divina fiesta que Dios nos conserve el Siglo que tenemos de vida.

¡No faltaba mas que en esos lugares donde se siembra y crece el valor como el arroz, se fuera á tener *mieditis*, *canguelo* ó *arasnó!*

Allí van hombres, y lo demás es pringue.

El tercero era un buen hombre. Se adivinaba en él un corazón.

Magro de chichas, reflexivo, cauto, dándose cuenta de la situación como un gobernador primerizo, sin ganas de quebrantos.

El *Robespierre II* pudo lucirse y ¡vive Dios! que se lució.

Por fin salieron de dudas los que ignoraban qué eran *pases mixtos*.

Procuraremos, haciendo de tripas letras, explicarnos.

El *Robespierre II* encontró al toro cansado de la vida como un vulgar rastacuero. Lo tanteó sin precipitarse pero con mucha pupila y trasteó con una inteligencia de la que no se hubiera creído capaz al muchacho. Dos pases por bajo, arrastrando tela y castigando, le bastaron para humillar al morlaco que tenía la cabeza más alta que un alabardero. Con

uno en redondo le dió la noción de la circunferencia lo que en términos taurinos equivale á enseñar que se haga lo que se haga allí se ha de hincar el pico. Cinco naturales le sirvieron para demostrar al toro que la realidad se impone aún á las almas mar anárquicas y uno de pecho enseñando el bulto para mas claridad le dió sobre la fiera en cuestión una superioridad indiscutible.

Antes de seguir adelante digamos de una vez para siempre.

Existe la fiera: ejemplo, el toro.

Existe el hombre: prueba, el torero.

Ponedles en frente al uno del otro. ¿Quién vencerá á quien?

La fuerza, nó: la inteligencia.

Luego si examináis un pase de muleta allí hay talento.

Luego si á la luz de la razon juzgáis una faena allí hay arte.

Luego si yo quiero enseñaros lo que es un *pase mixto* os diré que lleva viajeros y mercancías ambos en muy malas condiciones por lo regular; ó sea que ese pase es una mezcla de fuerza y de talento, el sí y el nó puestos sobre un palo que termina en punta.

Cuando el gran Hieron contestaba á los

curiosos que le preguntaban porqué procedimientos hacía sus vasijas misteriosas, decía.

—Yo hago una vasija que dá agua ó vino á discrección; pero el secreto está en quien la maneja.

Quiero pues concluir diciendo que el *pase mixto* es una sucesión de cosas que uno no se explica ni el que las hace tampoco. Con el *pase mixto* acabó por atortolar al toro y de un golletazo lo despenó, con gran alegría suya.

El cuarto salió despacio; ¡mallo!

El «Apéndice» que á fuerza de vino había recobrado el sentido común salió á la plaza también despacio.

Ambos combatientes se miraron y midieron.

El toro, de quien hemos dicho que no tiene una pizca de talento, le tiró un derrote alevoso, pérfido y, por así decirlo, estratégico, y lo metió en el callejón de cabeza con gran susto de Lola, la manola que al oír el choque de la cabeza del amado con el suelo creyó llegado el fin. Más levantóse el héroe y, encoraginado, lo toreó según los cánones hasta que llegó la hora de la verdad.

Que es una hora con toda la barba.

Cogió los trastos, brindó en el tendido del 9 á un recaudador de contribuciones que co-

soció merodeando en el Japón y pasito á panno llegó cerca del sitio donde la ciega Fortuna pone seis pápiros de mil para los buenos, los castizos y los *lipendi*.

Fué corta aquella faena memorable; pero trágica.

Dos de arriba con mucha manteca y uno de abajo sin corteza que desopilaron; media docena de derecha á izquierda oscilando sobre las puntas... de los pies y otra media cambiando la muleta sobre las puntas... de los cuernos; uno, dándolo todo, vísceras inclusive, que produjo frenesí agudo y otro, no dando «ná» que se grabó en los Doctrinales taurómacos con este epígrafe: — «Inverosímil pase dado por el *Apéndice* que no es pase y sin embargo es el pase mas pase que *s'a dáo* en este Valle de lágrimas» —; otros tres de frente por detrás con vía doble de circunvalacion que provocaron la inflamación de los elementos; y un tute de pases marcando el «As de Oros» sobre todo, que ocasionó en la plaza misma los suicidios de dos adolescentes. Y como postre de tan opíparo banquete he aquí los dulces.

Girando sin mover los pies y moviendo la cintura sin moverla, alargando el brazo sin

que tal brazo se alargara, el *Apéndice* se puso á un decímetro mas décimas del cornúpeto.

Se oía la respiracion angustiosa de la Plaza.

En su palco el pecho de Lola se inflaba y desinflaba como un fuelle de fragua.

Se hubiera oido cantar á la Loreto.

Caíasele las lágrimas á Jacinto Arropo de Cucaracha aficionado meritísimo que durante sesenta y cinco años no había faltado un día á una corrida.

El aficionado técnico Juan Puerco de las Ventas decía solemnemente á sus circunvecinos.

—Vais á presenciar ustedes la despampación.

El *Apéndice* se acordó de Lola.

Miró al palco.

Toda la plaza volvió al palco sus miles de ojos.

Entonces se vió una cosa inusitada.

El «Apéndice» que como ya hemos descrito, estaba más cerca de la tumba fría que España, se encaró con Lola y brindó.

Hasta el As de Oros nadie había brindado así.

He aquí un extracto de aquel brindis que hizo época.

—Por tí, Lola. Si muero no me la pegues siquiera en memoria de quien se acordó de tí en el momento en que nadie se acuerda ni del santo de su nombre.

Lola, al oír esto, se levantó como una yegua encabritada.

—¡Piensa, le gritó con voz estentórea, que estoy yo en el morrillo, vidita mía!

Eso era tener hígados una mujer.

Mujeres así no se dan en ninguna parte.

La frase hizo su efecto.

Como si el «Apéndice» viera en el morrillo sangriento las rosáceas carnes de su Lola, recto, sin mirar oblicuo, sin hacer testamento, sin salirse fuera ignominiosamente, á paso de entierro de tercera, As de Oros bello como un bitonguito, se inclinó sobre el hocico de la rés y metió la mano en aquel sitio ¡ay! donde no hay salida, ni billete de vuelta, ni latifundios.

Media hora aquel grupo estuvo sin desacerse, ¡media hora!!...

El público puesto en pie y entontecido como si fuera un público de pingüinos, helado de espanto, no sabía qué hacer.

Lola, echado medio cuerpo fuera de la barandilla del palco, las manos en la cabeza, desmelenada y pálida como la tripa de un mono, esperaba el desenlace.

Fué trágico.

Dos seres cayeron.

El uno, adelante.

El otro, atrás.

El toro con una estocada hasta el hombro mismo del *Apéndice*.

El As de Oros con una cornada tremenda en el bajo vientre.

El toro, rígido, extendió sus patas al aire.

El torero dejó escapar los intestinos sobre la arena del Circo.

Lola se dobló sobre la baranda goyesca como un cuerpo sin alma.

La muchedumbre dió alarido épico y tres mil quinientos de aquellos seres de epopeya se desmayaron.

En el ruedo el As de Oros se desangraba.

Primero echó los intestinos.

Luego, arrojó una arroba de sangre.

Después, se encogió como perro dormido sobre sí mismo en forma de rosca y giró tres veces á manera de tornillo.

Por último se le oyó decir con voz horrible.

—¡Mama táo!...

Los mono sabios se acercaron con sus serones.

Recogían las tripas de As de Oros con una indiferencia tan de buen gusto que hacían reír.

Esto español de cepa es.

No mentimos.

Podíamos apelar á hechos históricos que ponen de punta aquellas extremidades que en Sevilla quisieran pelar á cierto iluso teórico-danzante de la cultura y otras porquerías.

Un mono sabio con la bolsa del estómago de As de Oros en la mano hacía chistes.

Durante la Revolución francesa cogían las cabezas segadas y arrojadas al cesto y las tiraban de las orejas.

Como veis hay precedentes.

Lola volvió pronto en sí, como es proverbial en las mujeres.

Lo primero que vió fué á un mono sabio recogiendo el hígado de su *Apéndice*.

¿Se inmutó?

No.

Con una serenidad que conceptuaremos guzmanesca sin permiso de la Academia, Lola gaitó á un mono sabio.

— ¡Animal, no ves que estás pisando un
niñón!

IV

Mientras conducen al *Apéndice* á la enfermería mitad en serones, mitad á hombros de «morenos», seáenos permitido una ligera digresión mitad humana mitad española.

Se ignora cuando sale la muela del juicio.

Algunos doctores ponen este acontecimiento hacia el fin de las adolescencia de los adolescentes pero otros galenos la colocan hacia la mitad ó promedio de la virilidad de los púberes, existiendo opiniones de que esa muela no sale nunca en muchos sujetos si no después de muertos.

Sentimos no recordar los nombres de los extranjeros que afirman esto último pero una de las cualidades de los españoles es no tener memoria.

Vayamos al bulto del asunto.

Queríamos preguntar si á España le ha salido esa muela.

¿Por qué?

Por que escenas como las de la cogida de

Apéndice ponen tales interrogaciones en la boca de los pensadores.

¿Qué es un pensador?

Un hombre que piensa.

Y el pensamiento ¿que es?

Darse cuenta.

¿Es esto fácil?

Muy difícil.

¿Y por qué es difícil?

Por que no es fácil,

Mas claro... vino.

Prosigamos.

Decíamos ayer... que los morenos llevaban el cuerpo del As de Oros á hombros y á estilo del acto último del «Ocaso de los Dioses».

Como es de suponer el menor movimiento le producía un dolor indescriptible al dios taurómaco.

Si no imagináos á vosotros mismos con las tripas y otras menudencias en serones y echando sangre como agua la fuente de Pontejos y asi os explicaréis el caso patológico que descubrimos.

El dolor ó es moral ó es físico.

Si es físico no es moral y viceversa.

El *Apéndice* lo tenia físico.

Lanzaba ayes prolíferos.

Decía.

¡Ay, Lola, como más puesto!

Aludía al hule.

Otro le oyó susurrar.

—¡No somos naide!...

Los toreros seguían aquel fúnebre cortejo llorando.

Una *cantaora* al ver aquello que parecía un Paso de la Semana Santa, lanzó al aire una lúgubre, lóbrega, saeta.

*¡Miráslo por ónde viene
el mejor de los nasíos...!*

—¿Me he muerto ya? preguntó el As de Oros.

—Falta poco, le contestó un chulo para aliviarle.

Le llevaban lentamente por el callejón.

La gente de las barreras, contrabarreras y delanteras de tendido se inclinaban para ver al desgraciado astro moribundo.

Un «gachó» de andanada le preguntó.

—¿Te sientes mal, nene?

El *Apéndice* abrió los ojos y contestó.

—¡Regularsillo!

Lola era contenida por cinco férveos sargentos de la Guardia Civil á duras penas y eso que los tales sargentos etc... amén.

Las lágrimas cubrían aquel bello rostro con un velo mortuorio.

La Dolorosa de Salzillo, á su lado, se estaría riendo.

El caso no era para menos.

En esto llegaron á la Enfermería, después de un paseo de hora y cuarto.

Todos los toreros cogidos habrán observado, como el autor de esta hermosa historia, que el torero coge siempre en tal sitio que para ir á la enfermería hay que dar la vuelta entera á la plaza.

La enfermería estaba en el patio de caballos.

Las autoridades se dividen en dos clases.

Unas las que tienen la autoridad en las borlas del bastón.

Otra las que no tienen autoridad ni aún en las borlas.

Así se comprende que existan enfermerías como la de las plazas de toros.

¡Oh Lord Lister, descubridor de la asepsia!
Desde el báratro, óyeme inmenso cirujano,
ya que los médicos de mi Patria están sordos.

Una enfermería de Plaza de toros es:

Un cuarto pequeño sin luz cenital.

Con una ventana que dá á un patio de
caballos muertos.

El aire es un fermento de boñiga y sangre.

Hay dos camas de Hermana de la caridad.

Un armarito con algodón en hojas que no
en ramas.

Un cajón de serrín como los que necesitan
los gatos.

Algunas sillas de picador para dejar libre
el paso.

Una Virgen de la Soledad en la pared.

Un excusado es decirlo que es mas excu-
sado que una puerta secreta.

Un palanganero de presidiario.

Agua de pozo ó río con ó sin; pero sin
filtros.

Una columna mingitoria de Talavera de las
que tienen un ojo en el fondo.

Un arsenal de cirugía de urgencia apto
para dar el *santóleo*.

Arena en montones para el ruedo.

Un depósito de muebles del Conserje.

Si hace calor, abanicos.

Si hace frío, un brasero de mas tufos que
un nene bitongo.

Ental sitio metieron al *Apèndice*.

Cuando entró todo el que quiso cerraron.

Únicamente Lola que llegó á la cita tarde como es proverbial en las mujeres no entró.

Se oían los gritos del héroe á través de las paredes como en la ópera Tosca.

Lola se retorció las manos y mesaba los cabellos.

Golpeaba como un bombero la puerta fatídica de la enfermería sorda á sus penas como es proverbial en los tabiques.

De pronto oyó un grito imperativo del médico.

— ¡Morucho, la sierra, la pinza de dientes, el martillo!!

Lola cayó desplomada sobre la panza de un caballo muerto.

Morucho era un mono sabio que hacia las veces de practicante.

Veamos lo que pasaba en el antro.

Aquel doctor espigado, nervioso, seco, que saludó al «As de Oros» antes de la fiesta nacional era el galeno de tanda.

En cuanto lo vió «As de Oros» murmuró.

— ¡La bicha! —

El Doctor se arremangó los velludos brazos y procedió á la inspección.

¡Ejarlo solo!, gritó el *Apéndice* al ver que

docenas de curiosos metían la cabeza en la herida.

— Cabe, dijo un curioso, la Giralda.

El Doctor contuvo la Hemorragia.

El destrozo era tremendo.

El Doctor dijo.

Ni un tren pasado por encima de un hombre haría cosa semejante.

Los periodistas le interrogaron.

— ¿Curará?

— Indudablemente, dijo el Doctor.

— Usted es mi padre, murmuró el *Apéndice*.

— Si, hijo, si, añadió el médico, si no fuera por nosotros ya no habría corridas de toros.

Un periodista, lápiz en mano, preguntó al «As de Oros».

— ¿Tienes la bondad de decirme lo que sientes?

— Ponte en mi caso y lo verás, le contestó con ironía fina de puntas.

Un fotógrafo muy popular rogó al Doctor suspendiera la cura pues iba á inmortalizar al héroe.

Como era muy oscura la habitacion encendió magnesio.

Un humo admirable invadió la estancia.

El *Apéndice* que se vió retratar se sacó de la boca la sábana que tenía dentro de ella y sonrió como un conejo.

El fotografo obtuvo después doce placas de la herida y se fué corriendo á revelarlas para que salieran aquella misma noche en la Prensa.

El *Apéndice* pidió á uno de los circunstantes un cigarro.

Y fumó.

Fumando sintió que le serraban tres costillas.

Las vísceras recogidas en los serones le fueron puestas en su sitio.

Luego el Doctor le cosió las heridas.

Entre ayes y chistes se habia llegado al fin.

La cura había durado seis horas.

—De modo, Doctor, le dijo un plumífero, que curará?

—Cosa de cinco días, le contestó.

—¡Pero si está hecho una calamidad!

—Oh, no importa. ¿Usted sabe lo que es carne de torero? Pues hágase cuenta que lo abren, lo rajan, lo machan y total nada.

El *Apéndice* se puso á cantar un tiento de moda.

¡Y de la sangrecita
que yo porti derramo
voy á teñirte un traje...!

Un asadura que oyó esto se puso á *ma-
rearse* unailable.

El Doctor se amoscó y cesó la juerga.

De pronto dió el héroe un berrido furi-
bundo.

—¡Ay, ay, ay...!

—¿Qué le pasa? le preguntó el Doctor.

—¡Que sá dejáo asté las tigas dentro!

El Doctor le abrió de nuevo y le volvió á
coser.

En esto el gentío era tan numeroso que
por la ventana se veía un oceano de caras
entre las que caracoleaban civiles á caballo.

Al enterarse el Pueblo había acudido en
masa.

A media noche llegaron las parihuelas.

La fiebre del *Apéndice* era torera; *ná:*
ciento cinco grados.

Lola, al fin, dió tal empujón con sus es-
pléndidas caderas á la puerta de la enfermería
que esta arrancada de sus goznes cayó toda
entera sobre la cama de As de Oros.

El *Apéndice* sintió algo que no puede es-

cribirse y que tiene en el lenguaje una palabrita de expresión que...

Bueno. El caso es que Lola sin reparar en ello se abalanzó á su amante y como las mujeres de sangre no reparan en *peliyos* lo abrazó, sobó y besó de tal manera que abriéndosele los puntos de sutura saltó la sangre en surtidores hasta el techo.

Había que oír aquel idilio.

— ¡*Apendicito* mío!...

— ¡Mardita sea la mar!

— Vidita de mí...

— ¡Un revolver! ¡Que me peguen un tiro!

Los mono sabios le metieron en las parihuelas y cerraron el hule.

La sangre goteaba siniestramente.

Por llevar la camilla se dieron de puñaladas seis hombres de los que expiraron allí mismo cuatro.

El héroe, al ruido, sacó la cabeza y exclamó

— ¡A ver si *sus* estais quietos!

El orden de marcha fué este.

Un piquete de la guardia romanésca.

Dos filas de Civiles á caballo.

Tres compañías de guardias bigotudos.

La camilla.

Lola.

Ciento dos síncope le dieron á Lola antes de llegar á casa.

Como tenían que avanzar muy despacio á causa de la concurrencia llegaron á casa á las once de la mañana del día siguiente.

El pueblo estaba en conmoción.

Se ennarenó la calle prohibiendo el Alcalde que pasara por allí algún coche bajo la multa de uno de á veinticinco.

Los amigos del Maestro.

Y como medio millón de acompañantes.

La sangre cayendo de la camilla dejaba un reguero horrible.

De la camilla salían ayes que partían el corazón.

V

Trescientos sesenta y cinco médicos estaban reunidos en torno de la cama del héroe.

— ¡Pero quien ha curado á este hombre! exclamaban...

El héroe ayeaba espantosamente.

La inflamación del vientre era tan inconcebible que con la cúpula llegaba casi al techo.

Aquello era inexplicable.

Por fin se decidieron á abrirle de nuevo.

—¡Pero quien h^e curado á este hombre!
exclamaban sin cesar.

Cada dos minutos se daba un parte á la Prensa de la situación del herido.

El cartel pegado á la puerta era leído por millares de honrados ciudadanos ávidos de saber y de cultura.

En uno de ellos colocado hacia las cinco de la tarde un expectador indiferente hubiera podido leer lo que sigue.

—Abierto *Apéndice* cinco lados barriga se ha encontrado esportón mono sabios olvidado allí médico enfermería plaza. Inyecciones morfina héroe duerme. Cubos sangre cincuenta y cuatro. Lola come espárragos lata. Cuerno toro llegó corazón abriendo masa quinto boquete tapón corcho. Curará dos días. Corrida Pascua monstruo realizárase.

Los periódicos publicaban ediciones incensantes que eran materialmente devoradas.

La explicación de la Cogida dada por un famoso periódico profesional que dirigía un fenómeno literario, se hizo mercedamente célebre. He aquí un fragmento de ella.

—El toro, que por cierto tenía en el anca el número 1.313, era un animal casi metafí-

sico de puro sabido. El vaquero nos ha dicho que en la dehesa era el árbitro de los otros toros cuando había una cuestión. Su inteligencia era tan clara que oyendo el dia el pasodoble del Gallo se puso á marchar con arrobas de salero en solo dos patas. Así es que no es de extrañar la cogida. En tercios del 2 ya dió una arrancada de la que el diestro se libró echándose de cabeza en el callejón como una carta en el buzón del correo. La faena de muleta, la más grande que se haya hecho desde la monumental del «Escarola» en 1807 en Despeñaperros, le volvió zalamero y como el *Apéndice* se dejó querer demasiado cayó en la red. El toro no tuvo más que ladear el cuerno un centígrado y el sólo entró en las partes blandas. Creemos que si los pases en vez de ser por bajo hubieran sido por alto con uno en redondo en tiempo de seis por ocho la cogida hubiera sido inevitable, más aparatosa pero menos terrible. En casos semejantes Manuel Cornucopia el «Cucurucho» hacia lo siguiente, ó miente el célebre libro del árabe Ismael Ben y Ben; alegraba al toro con un coleo previo, le humillaba con siete verónicas marca Cupido le banderilleaba con cinco pares de medias en

su sitio y después de un sólo pase pero excelentísimo como un ministro lo arreaba un sopapo de órdago en los rubios que lo volvía loco. La ignorancia en el arte del «Besugo chico» es lo que trae las cogidas. Si los tales leyeran en la Biblioteca Nacional no les pasaría eso.

Los telegramas sumaron la cantidad de cinco millones.

Se interesaban por el *Apéndice* todas las clases sociales sobre todo la Media que como es media siempre está en medio.

La Marquesa de Punta en Blanco, que era muy flamenca y por lo tanto muy beata, le envió el siguiente telegrama.

—Pido Dios consérvete gloria España Dédícote doscientas Misas tres curas novenario San Marcos carta Papa impetrando padre santo luz. Cabeza toro disecada mandaré Museo arqueológico.

Una vez realizada la segunda cura pidió jamón con tomate, cangrejos, una guindilla y callos á la madrileña que le fueron servidos de la clásica taberna del «Cerrojo Verde» y se durmió.

Y se durmió cinco dias.

Al cabo de los cuales despertó sin sentirse el menor mal.

Aquella misma tarde salió á la calle.

Lola, llorando, se abrazaba á él, diciéndole.

—¿Pero *Apendicito* de qué cosa es tu carne?

El As de Oros contestó.

—De lo que sea.

—No salgas.

—Me dá la gana.

—Te vá á hacer daño la calle, monín.

—Necesito venganza.

—De quien, riquito.

—Del médico de la Enfermería de la Plaza de toros.

—¡Ah! es verdad, mira que dejarte un se-
rón dentro!

Salió á la calle vestido de persona.

La gente lo seguía.

Tomó un coche.

La gente lo seguía en coche.

Preguntó á un guardia dónde vivía el mé-
dico que lo había curado en la Enfermería y
el guardia le dijo.

—Calle de tal, número cual.

Allí se dirigió. Llamó y entró. Y esperó.

En el recibimiento esperaba también una mujer.

Le daba á él en las narices haber visto aquella mujer en otra parte.

A la mujer lo mismo respecto de él.

Apéndice se acercó.

—¿Sois, la dijo, por un casual la querida del «Escorpión»?...

—Era, contestó.

Apéndice se quedó mirando aquel cacho de gloria vivo retrato de María Santísima.

—¿Y ya no lo sois? interrogó el Maestro.

—Nopi.

—¿Y por qué?

—Se murió.

—¿Aonde?

—Lo mató un toro de una en un ojo.

—¿Entonces estás otra vez soltera?

—Estoilo.

—¡Ay!

Ella se puso, mansamente, en sus rodillas.

El acarició, perverso y sabio, aquel tocino de cielo.

—¿A qué vienes aquí?

—A una venganza.

—Yo también.

—¿Tú también?

—A ver.

—¡Qué coincidencia tan coincidencia!

Un criado les mandó pasar.

Allí estaba el misterioso Doctor en la misma posición en que el famoso Lagartijo recibiera á un célebre Lord; es decir, lavándose los pies.

Pero ¡qué pies!

¿No recordáis los que de goma se ponen algunos clows?

Pues un poco más largos.

Ella se estremeció. Aquellos pies habían sido su ruina.

El, acostumbrado á todo, entró como siempre, citando en corto.

—De modo, so tío asno, qué me dejó un serón dentro?

—Sí, le contestó el otro, sacando un piecito y cortándose las uñas con un machete auténtico de la manigua.

—Supongo que me dareis una explicación.

—¿Técnica?

—No, ahora mismo.

—Pues os dejé el serón dentro, le dijo calmoso el médico, para que la gente tuviera que decir algo.

El *Apéndice* se quedó turulato.

El Doctor continuó.

— Como los españoles no tienen en qué ocuparse y los toreros se curan al galope quise que tuvieran asunto para conversar y leer.

— ¿Y si reviento?

— No se sabe aún de un torero que se halla muerto.

Entonces ella que se estaba mordiendo los labios le dijo esto.

— ¿Donde habeis escondido mi hijo?

— ¿Os interesa mucho?

— Como que soy su madre só tío animal.

— Madre según la naturaleza.

— Madre según *tó*.

— Pero no madre según la ley.

— ¡Claro! cómo que salió como los hongos!

— La ley...

— ¡Leñe!...

— La ley dice que los hijos tienen padres y el tuyo no lo tiene.

Ella bajó la cabeza avergonzada. Era verdad ignoraba quien había sido padre de aquel niño.

Entonces ella recordó que el «Escorpión» había sido picador de la cuadrilla del *Apendice*. Y como del hilo se saca el ovillo y el pan de un grano ella tuvo una revelación

— ¡Ah!, se dijo dándose un golpe en la frente.

— ¿Quereis saber quien es su padre?

— ¿Quien?

— ¡Este! ¡El *Apendice*!

— Lo sabía, exclamó el galeno.

— ¿Lo sabiais?

— Si. Casi todos los hijos que no tienen padre son hijos de... Don Juan Tenorio.

El *Apendice* recordó. Si, era verdad. Y en su memoria apareció aquella noche de abandono y *juerguecita sorda*. El picador le trajo su querida y le dijo:—Maestro, mira mi socia.—La socia, coima ó furcia le dió un abrazo y *aluego* lo que necesariamente ha de pasar, el tributo ¡ay! á la débil y miserable naturaleza humana.

—Tres y tres, seis: y tres, nueve, murmuró As de Oros.

El doctor de la Enfermería llamó á su criado y le dijo.

— Tráete el frasco número trece mil trece.

El frasco llegó.

El Doctor sacó de él un niño y se lo entregó.

Aquel niño estaba vivo.

Ella y él salieron.

En el portal ella que era castiza le dijo.

—No me vuelvo á separar de tí aunque me ahorquen.

—¿Y Lola?

—La matamos.

—Eso, no.

—¡Gallina!

—Lola no morirá.

—A Lola la mataré yo.

Ambos, conducidos por el Destino que hace tan mal los dramas como los idilios, cual le pasaba á Echegaray I, llegaron á casa.

Lola estaba desnudándose y su cuerpo mazonado de dos toneladas fulgía espléndido á la luz rabiosa de un balcón abierto de par en par.

Ella dejó á su hijo en una butaca alfombrada con terciopelo de Utrech ó sea como están guarnicionadas las butacas en todas las novelas.

Se puso en jarras. Escupió. Y dijo.

—Aquí no hay más mujer que yo. De modo que á la calle.

Lola miró alternativamente al *Apendice*, al crío y á la sujeta que tenía delante.

Era una situación como para pegarse un tiro.

—Na me explico... ese niño.

—Ese niño es hijo de ese.

Apéndice tembló de pies á cabeza como tiemblan los héroes que tienen la cabeza en los pies.

Lola que era más lista que un obispo famoso y muy flamenco lo concibió todo en un momento.

Se vistió. Y acercándose al *Apéndice* le dijo.

—¿A quien he dejado yo por tí?

—A tu marido, contestó As de Oros.

—¿Qué dice la Sociedad de mí por tu causa?

—Que estás mochales perdía.

—¿No he perdido, pues, la honra?

--Y tan perdida.

—¿No se lava en España la honra con sangre?

—Sí.

—Pues ¡toma!

Y sacando una navaja que tenía en la liga lo descabelló á pulso.

El As de Oros se desplomó como un caballo muerto.

Lola se acercó y dijo.

—Ha muerto sin necesidad de puntilla.
¡Pobre As de Oros!

Cuando volvió los ojos nadie había allí; ni el niño.

Lola miró al hombre que había querido tanto y sus ojos se preñaron de lágrimas. Exclamó rehaciéndose sin embargo.

—De esta corná no lo libra ni Dios!

Y canturreando un aire flamenco salió de la habitación en busca de su antiguo marido...

El silencio del crimen abría en la habitación la interrogación fulgurante de las cosas trágicas...

Lola, la española Lola, la hija de Carmen, bajaba las escaleras, cantando...

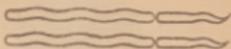
Oíase su voz metálica romperse en el ambiente como un cohete:

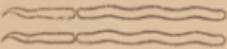
*—¡Cuando una española mata
ni Dios resucita al muerto!—*

FIN

153

En breve aparecerá

la sensacional novela de 

 *aventuras por España*

Juan del Duero

Aventurero, ladrón y matador de toros, por

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA

Más de 300 páginas.—Única en su género

TALLERES de FOTOGRAFADO

DE

A. Vázquez

Colegiata, .7

MADRID

Sociedad "Augusta" Tori

Maquinaria y

material para las
artes gráficas

Representante: G. REGOND

San Andrés, 31

La mejor gasolina
EL CLAVILEÑO :-:-



El 28 de Marzo aparecerá

EL FLAMENCO

SEMANARIO ANTIFLAMENQUISTA

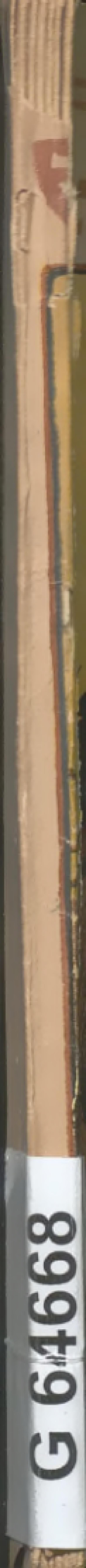
Artículos sensacionales. Numerosísimos grabados.
Expléndida colaboración.

Director: EUGENIO NOEL

PUBLICADO POR EDITORIAL MADRID

Precio: DJEZ céntimos.

Tirada: 60.000 ejemplares.



800
GOTO